

víctor hugo viscarra



RELATOS DE VÍCTOR HUGO

Víctor Hugo Viscarra nació en La Paz (Bolivia) en 1958. Los últimos treinta y tres años de su vida los ha desarrollado en la marginalidad; mundo que conoce y que ha nutrido toda su obra literaria además de sus investigaciones en torno al *Coba –lenguaje secreto del hampa boliviano–* (1981), que hace poco ha lanzado su tercera edición ampliada. También ha publicado *Alcoholatum y otros drinks –Crónicas para gatos y pelagatos–* (2001) y *Borracho estaba pero me acuerdo –Memorias de Víctor Hugo–* (2002).

Tenemos la satisfacción de presentar la reedición corregida por el autor, de la primera de sus obras literarias, los *Relatos de Víctor Hugo* (1996) y que además esta acompañada de dibujos originales diseñados para la presente edición.

VÍCTOR HUGO VISCARA

RELATOS DE VÍCTOR HUGO

RELATOS DE VÍCTOR HUGO



PAULO SCHAFFER

víctor hugo viscarra

RELATOS DE VÍCTOR HUGO

dibujos:
PABLO GOZALVES



editorial
tercera piel

victor hugo viscarra

RELATOS DE VÍCTOR HUGO

ilustraciones:
PABLO GOZALVES

Obra publicada originalmente por el autor en Cochabamba, 1996.

Colección Entrelíneas / 1

Primera edición: julio de 2005.

Diseño de cubierta y fotografía: Pablo Gozalves.

© Víctor Hugo Viscarra, 1996, 2005.

viscarrarodriguez@yahoo.es

© de la presente edición:

Editorial Tercera Piel y Faccia-Studio, 2005.

www.faccia-studio.com

La Paz - Bolivia

© ilustraciones:

Pablo Gozalves, 2005.

© imprenta:

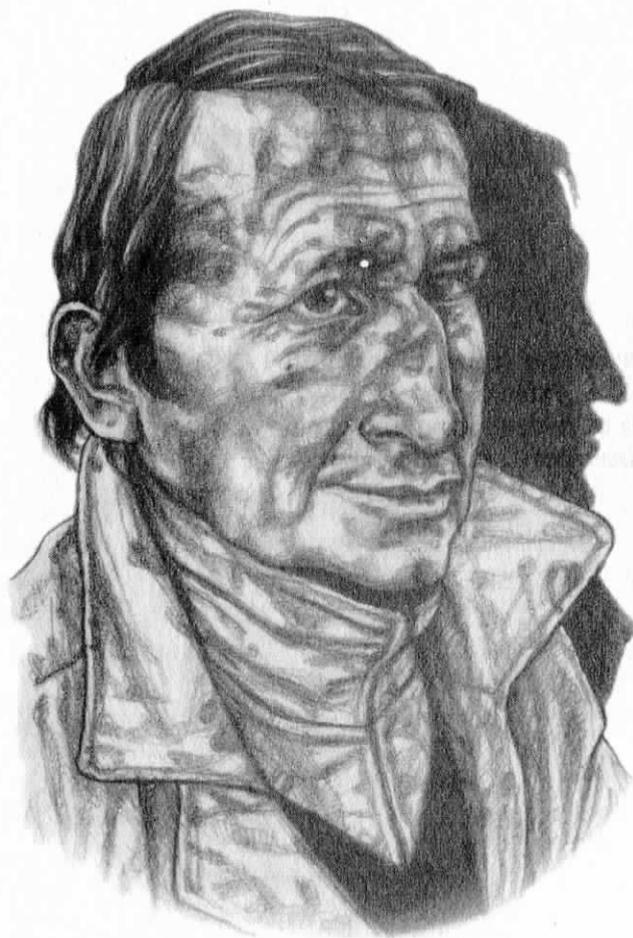


*

IMPRESO EN BOLIVIA / PRINTED IN BOLIVIA

ISBN: 99905 - 0 - 812 - 7

D.L.: 4 - 1 - 1015 - 05



Víctor Hugo Viscarra Rodríguez

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

por Virginia Aguirre

*Para todas aquellas muchachitas
que hicieron trazo de mis sentimientos, y que,
cuando necesité un poquito para mí,
no me habían dejado nada.*

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

por Virginia Ayllón

El nombre de Víctor Hugo Viscarra ha ingresado con fuerza en la narrativa boliviana de los diez últimos años. La anécdota dice que el año 2001, la Editorial Correveidile, dirigida por el escritor Manuel Vargas, puso en circulación *Alcoholatum & otros drinks – Crónicas para gatos y pelagatos*. Continúa la anécdota indicando que dicho libro fue el más vendido en la Feria Internacional del Libro de La Paz de ese mismo año.

Para entonces, Viscarra había ya publicado *Relatos de Victor Hugo* (1996) así como dos ediciones de su *Diccionario del coba*. Varios de sus cuentos fueron ya editados en algunas revistas de las ciudades de La Paz (Correveidile) y Cochabamba (Revista de la Universidad de Cochabamba). Tal vez por sus textos o tal vez por su vida, el caso es que para entonces Viscarra había ya iniciado el camino del mito.

Alcoholatum & otros drinks le supuso a su autor no solo buenas ventas sino también presencia en espacio de prensa y publicaciones literarias hubiera. No es falsa la afirmación del propio Víctor Hugo de haber sido el escritor boliviano con mayor cobertura periodística

entre 2001 y 2002. Mas, cabe preguntarse: ¿qué es lo que la prensa cubría? La respuesta es desalentadora ya que la mayoría son reportajes sobre su vida y especialmente sobre su estilo de vida. Muy pocos han sido los acercamientos a su obra propiamente dicha y en este sentido me permito destacar el comentario de Rubén Vargas en el Número IX de la revista de poesía La Mariposa Mundial.

No es raro por tanto que *Borracho estaba pero me acuerdo*, editado también por Correveidile a un año del *Alcoholatum*, sea el texto que ha sido calificado como el mejor por varios lectores. Si bien este texto tiene una integridad mayor que el *Alcoholatum* y los *Relatos de Víctor Hugo*, a mi modo de ver, es el menos literario, porque se asemeja más a una descripción que linda con la etnografía. Sospecho que la actitud de tales lectores es similar a la que inicialmente se tuvo con Sáenz o Borda y que tal vez se encuentren en la tradición de acercamientos desde Arlt, Bukowski y hasta Poe o Baudelaire. Esta muy humana actitud suele llamarse morbosidad y nos afecta a todos en algún momento; es el deslumbramiento por lo que no se conoce, es una especie de antropofagia en lo que de antropológico tiene. Y si bien ningún cargo valorativo me anima contra la lectura morbosa, sí me preocupa el puente inmediato que hace con una valoración positiva del texto por su calidad de "real", tanto que algunos escritores se ufanan de que el valor de su escritura es poner en letra la vida misma, lo real. El mismo Viscarra concluye su *Borracho estaba ...* con el siguiente párrafo: "Y sé muy bien que no se puede separar la literatura de la propia vivencia si no se reconoce los avatares y vicisitudes que una ha vivido y bebido. Las vivencias personales son las que

cuentan (...) estas memorias que, sin ser mías, son de los demás".

El *Borracho estaba pero me acuerdo* se arma en la esencia autobiográfica, cruzando la memoria individual con la colectiva en la que el narrador se mezcla con el mundo narrado. Mas, en este caso, el mundo público se superpone en demasía a su mundo privado, que apenas atisba. Por lo tanto, este texto instaura un narrador más bien omnisciente que ordena su narración en torno a la pregunta de: ¿cuál es la textura ética de este mundo real que soporta el mundo narrado y que permite tanta injusticia? Así, es una narración denunciativa contra la familia (El duro oficio), las instituciones de supuesto cuidado social (Protectores de niños), y sobre todo, la policía (Guardianes de la ley; Escuelas de canto).

Hay en *Borracho estaba...* un intento del narrador de ocultarse, de meterse lo menos posible en la trama narrada, de mostrar lo menos posible de su propia vivencia. En ese sentido, opera como un maestro de ceremonias que muestra al público una escena muy bien conocida por él pero de la que, explícitamente, se ausenta.

Insisto en este trazo ya que comparto el criterio de que los libros de Viscarra dejan entrever una tensión entre el material vivido y el material narrado; es decir entre lo real y lo posible, o, para decirlo de otra manera, entre la no-escritura y la escritura. Este rasgo no es propio solamente de la producción de Viscarra. Creo que la vida y la obra de Roberto Arlt se tensan entre estas mismas claves, o como decía Domingo-Luis Hernández —en su Introducción a *El juguete rabioso*—, la tensión entre "la vida supuesta en la

literatura [y] la supuesta biografía en su obra literaria.”¹

Siguiendo ese razonamiento, creo que *Borracho estaba...* se acerca más a los *Aguafuertes* del escritor porteño; en tanto *Alcoholatum* tiene mayores elementos propiamente literarios tal como no son lo mismo los *Aguafuertes* que *El juguete rabioso*, *Los siete locos* o *El amor brujo*.

Alcoholatum & otros drinks – Crónicas para gatos y pelagatos, por el contrario, es el libro donde mayores esfuerzos y logros escriturales advierto. Me explico: por una parte, la delimitación del espacio ficcional que es el barrio marginal —descrito en sus primeras páginas—, pero también y fundamentalmente, el bar. “Las carpas” que da título a uno de los relatos del libro establece un lugar cuyo sentido físico es el menos relevante; “Las carpas” —metáfora de los bares y sus sentidos— sería el espacio de un “mundo que se concentra en su interior”, en el que para habitarlo —según el relato—, hay que abandonar los falsos moralismos, el romanticismo proveniente del hábito de lecturas anteriores (Sáenz, Poe, Freud, Neruda, Gibrán, Nervo, Tagore, Vargas Vila, Bécquer, dice el narrador), renunciar a conceptos como los de amistad y honradez y —gran determinante—, caminar de la mano con la muerte. Es decir, un espacio de negación de lo real y habilitación única de la muerte. El espacio físico, según otro relato, está “*en el perímetro ubicado entre las Plazas Pérez Velasco, Eguino y San Francisco*”, pero ese es un dato y nada más, ya que esto más que un perímetro es una frontera por muy en el centro de

¹ HERNÁNDEZ, Domingo-Luis. “Introducción” — El juguete rabioso. Ediciones Escolares. 2001. Madrid, España. p.5.

la ciudad de La Paz se ubique. Tal vez por ello en el relato “*Allí donde los hombres ponen fronteras al horizonte*” siento un dejo a los relatos de Roberto Arlt. Así, en el *Alcoholatum* se establece un evidente espacio ficcional que teniendo como base un lugar físico, se nombra a sí mismo a través de sus sentidos y alcanza, de ese modo, un signo literario.

Por otra parte, los relatos de *Alcoholatum* trascienden las sensaciones centrales en la narrativa de Viscarra: el frío, la noche y la muerte. La muerte en Viscarra es la vida, es decir, vivir es morir a través de la soledad, como el Dedos, quien “*nació justo en el momento en que comprendió que estaba completamente solo en este mundo...*”

Sin embargo, en Viscarra, la muerte asume su mejor dibujo en la noche, que es el elemento central en esta narrativa. La Noche es feminizada por el regazo que supone: bendita y maldita, la noche es acogedora y castigadora: “*La Noche fue la madre que lo cuidó bajo su regazo, y esa misma mujer fue la que lo amamantó con sus senos flácidos y macilentos dándole aquella vida que los días, sádicamente, le arrebataban*” ó “*La noche es su madre, amante y su verdugo*”. Mas, como todo lo temido es tal porque con ello convivimos, la Noche puede ser también: “*chinchosa como mujer y molestosa como diarrea crónica...*”. Pero además, la Noche concentra el miedo y el frío, elemento éste último que acerca a la muerte, por lo que los habitantes nocturnos caminarán y caminarán huyendo del frío, adorando el fuego, buscando calor hasta en los perros, esperando pase la Noche: “*cuando la noche cubría la ciudad y sus alrededores, esa señora, la noche, se ensañaba con nosotros de tal manera que no sabíamos cuándo era más mala: si cuando nos ilusionaba con*

sueños irrealizables, o cuando nos colocaba en el alma sus cilicios de fuego". Afirmo, entonces, que la Noche —que en la autobiografía es vivida como la antítesis del día luminoso—, en los relatos y en muchos de los cuentos asume una identidad independiente y literaria por la escritura que la sostiene.

Hay más sin duda en el *Alcoholatum*, pero quisiera destacar las piezas que, a mi modo de ver, son las más logradas en términos literarios. Inicio esta valoración reiterando que "La Mama", "La Loca Esperanza", "A llorar al río" y "Delirium Tremens" son bellas piezas del cuento. Podemos leer las propias lecturas de Viscarra en algunos de ellos. Así, por ejemplo en "La Loca Esperanza" —cuyo personaje recorre la obra total de Viscarra—, nos recuerda al cuento "El portón" de René Bascope, sobre todo en la armazón del personaje. Otros como "Anti-cuento primaveral, cuento para alejar tristezas" son relatos que se construyen con ciertos elementos del hermoso cuento "El muerto" de Horacio Quiroga.

Pero me interesa destacar "Delirium Tremens", que podría calificar como la pieza que trasunta el arte poética de Viscarra. El cuento tematiza las vicisitudes del escritor contra el mundo y, por lo tanto, la conciencia de la escritura como nexo con el miedo y con la muerte. Escrito en primera persona, "Delirium Tremens" es la borrachera con la palabra, la pérdida de la inocencia ("Soñé con Dios y acabé jugando con el diablo"), la autodestrucción que supone todo acto creativo honesto y la caída en el abismo textual. Permítaseme transcribir uno de los textos más iluminados de Viscarra y que se encuentra en este hermoso relato:

"Y trastoqué el presente y el olvido, el ayer y el futuro, el placer con la amargura, la piedad con el sadismo, el bienestar con la maldad; la coma con el punto, el aymara con el quechua, como si no supiera que, aparte de ladrar como los perros, yo era poeta, y nadie entendía ni un carajo qué era lo que había pretendido plasmar este poeta."²

El texto que el lector tiene ahora entre sus manos, es la segunda edición de *Relatos de Víctor Hugo*, publicado en Cochabamba en 1996. Esta segunda edición responde al mito que es Viscarra —y del que tengo conciencia que posiblemente alimento— y sus razones seguramente tienen que ver con que la edición de 1996 está agotada y además porque la regeneración del mito produce una zona de demanda de los lectores. Pero yo quiero más bien asentarme en el significado literario de esta edición, es decir en la significación de este texto en el conjunto de la obra de Viscarra. Y, para decirlo rápidamente, creo que los *Relatos de Víctor Hugo* tiene su identidad en el anuncio, la advertencia, el presagio. Estos textos, en verdad, anuncian y contienen lo que vendría a ser la doble característica de la obra de Viscarra: la memoria y la literatura en sus formas de autobiografía y relato/cuento. Contiene ambos pero su escritura es aún de grito mas no necesariamente literario. Lo literario asumirá personalidad en el *Alcoholatum* mientras que la autobiografía lo hará en *Borracho estaba...* En los *Relatos...*, por lo tanto, se encuentra la pre-memoria y el pre-cuento: "Yo casto", "Recuerdo perdido en el deseo", "La muñeca", "Había una vez

² VISCARRA, Víctor Hugo. *Alcoholatum & otros drinks* — Crónicas para gatos y pelagatos. Editorial Correveidile. 1ª ed. 2001. La Paz, Bolivia. p.69.

un niño”, “Búsqueda esperanzada”, “Busco a un amigo”, “Sueño entumecido de frío”, etc, serían ejemplo de lo primero. Hay otras piezas, en cambio, que son un puente entre ambos status literarios y demarcan, por lo tanto, las luchas del autor por literalizar sus memorias. “La triste historia de Tristán”, por ejemplo, rememora los futuros cuentos “Cada hueso con su perro” del *Alcoholatum* y “Amigos perros” de *Borracho estaba...* Del mismo modo, “Balada para una vida inconclusa” anuncia el maravilloso “La loca esperanza” del *Alcoholatum*. Mas, como todo en Viscarra, en este libro también nos deslumbra con un hermoso cuento; en este caso creo que “Cadáveres y compañía” es un cuento muy bien logrado que rememora el cuento de Bukowski “Kid Stardust en el matadero” que aparece en su libro *Ordinaria locura*.

Con ello, celebro esta segunda edición que permite completar el mapa de la producción de Viscarra por lo que creo que si bien vale como pieza individual, su despliegue total se encuentra en la lectura compartida con al menos el *Alcoholatum* y el *Borracho estaba...*

Mas, hablando de la lectura de la obra de Viscarra, así como es mejor leer su conjunto, creo también importante decir algo sobre algunos emparentamientos que se han hecho de Viscarra con autores como Borda, Sáenz, Bascopé o Cárdenas. Creo firmemente que esta obra no está emparentada con Sáenz quien en su narrativa da cuenta de la descripción de la ciudad y sus personajes con una precisión literaria que hace ociosa la sola pregunta de su posible relación con el mundo real. Aunque Sáenz y Viscarra traten los mismo sitios y los mismos personajes, en Sáenz no cabe duda sobre la literalidad de los textos, que sí cabe en la de Viscarra porque asomará siempre la nociva duda sobre

la verosimilitud literaria vs. la experiencia narrada. Lo mismo podrá decirse de las narrativas de René Bascopé o de Adolfo Cárdenas. En cambio más productivas pueden ser las disquisiciones si asemejamos su obra a las de Arlt o incluso a la de Bukowski. La simetría no viene tanto de lo escrito entre estos tres autores sino más bien de la relación entre la vida de los mismos y su producción literaria.

Tal vez por aquellas similitudes que no lo son, quisiera concluir este texto reiterando que a la obra de Viscarra le corresponde —y le falta—, una mirada literaria, despejando de una vez por todas esa mirada antropológica que es en realidad una actitud antropófaga, como advertí al inicio: abandonar la mirada admirada a la vida de este escritor y dejarse asombrar a través de la lectura literaria de su obra, dejar de perseguir el aura dejada por el escritor e ir tras su escritura, o como mejor lo dice Bukowski:

“...el artista deja tras de sí un pequeño perfume que algunos llaman inmortalidad, y, si por supuesto, cuanto mejor es lo que hace más grande es el hedor que deja tras de sí: en color, en sonido, en letra impresa, en piedra y en otras formas. Pero esta inmortalidad es sólo un defecto en la vida: la gente se cuelga en el hedor, lo adoran. Esto no es un defecto de artista. El artista sabe que no pertenece a la inmortalidad más de lo que pertenece a la vida: sólo un intento, y basta, dejemos que el siguiente pruebe suerte.”³

La Paz, 2005

³ BUKOWSKI, Charles. *Shakespeare nunca lo hizo*. Editorial Anagrama. 1979. Barcelona, España. p.85.



LA TRISTE HISTORIA DE TRISTÓN

(Homenaje a todos los perros vagabundos)

Tristón tuvo la mala suerte de haber sido engendrado en el vientre de una famélica perra callejera, enfermiza y llena de pulgas, que lo parió justo en el lugar en el que tienen que nacer todos los perros vagabundos: el basural de la esquina.

La perra, que era una especie de cigüeña canina, era tan miserable que no podía darle a Tristón las cuatro raciones de leche que todo perrito recién nacido tiene que mamar cada día. Es por eso que desde su tierna infancia conoció el hambre y experimentó lo terrible que era dormir por las noches acurrucado en un portal viejo, un basural, o en la cochina calle.

Nunca conoció a su perro padre. Lo único que suponía era que el perro que gastó uno de sus espermatozoides para fecundarlo en el vientre de su perra madre, debió de ser uno de los "sin cuenta" perros que se quedaron prendidos a su trasero cuando ella estaba en celo.

Tristón vino al basural, mejor escrito al mundo, acompañado de otros seis hermanitos, pero, los pobrecitos se murieron antes de nacer, porque tuvieron miedo de enfrentarse al mundo hostil en el que tenían

que vivir. Es por eso que Tristán fue el único sobreviviente de las consecuencias lógicas de los traspies amorosos de su mamá, quien, cuando estaba en celo no recibió a cambio de sus servicios ni un misero hueso descarnado. Por el contrario fue perseguida, aporreada, mordida y brutalmente violada por los "sin cuenta" perros desgraciados que se la desfilaron durante una semana.

Cuando Tristán tenía dos meses de edad, una tarde; fue adoptado en la calle por una mocosa de la *jailaf*, quién, se lo llevó a su casa para tenerlo como mascota. Allí lo soportaron tan solo por cinco días, porque la mamá de la mocosa (que también era de la *jailaf*), se quejaba cada tres minutos de que Tristán era un cochino, que se orinaba en cualquier parte y que era el perro más pulguiento que había conocido en su vida. Pero la verdad era que el pobrecito, que había dormido todas las noches de su vida en la fría calle, tenía la vejiga y los riñones resfriados.

Tristán fue agarrado de su cogote y levantado en vilo por el mayordomo de la casa (que era un hombre que pretendía "algún" día pertenecer a la *jailaf*) y llevado hasta un basural alejado del centro de la ciudad donde lo botó como a un vulgar perro y se fue. Esa noche, el pobre animalito, tuvo que dormir acurrucado entremedio de cartones podridos mientras la lluvia que caía sobre la ciudad le calaba hasta lo más profundo de los huesos.

Al día siguiente, una *imillita* con espíritu de comerciante, y presumiblemente descendiente del Mercader de Venecia, tuvo la feliz idea —según ella— de sacar algo de provecho del cachorrillo desvalido que encontró en el basural; y, ni corta ni perezosa, lo llevó hasta el mercado más cercano, donde lo vendió

a una malhumorada chola de barrio marginal, en el mismo precio que cobró Judas Iscariote por vender a Cristo, es decir, en treinta monedas, suma que cayó de perillas en las hambrientas alforjas de la pollera de la *imilla*.

Un trauma canino-psicológico se abatió sobre Tristán, porque en menos de veinticuatro horas había pasado a depender de una familia proletaria, mientras que el día anterior estaba viviendo en el seno de una familia burguesa-empresarial.

En su nueva casa, Tristán tuvo que experimentar en carne propia lo terrible que era vivir encadenado junto a una pequeña *k'ucha* (caseta pequeña para perros) infecta y llena de mugre, cerca a la puerta de entrada a la morada de sus nuevos amos, cuidando que ningún amigo de lo ajeno traspase el umbral con intenciones de "nacionalizar" las escasas prendas de valor que ellos guardaban. Además tenía que conformarse con el insípido plato de harina amarilla cocida que le daban una vez al día, extrañando aquellos jugosos huesitos, un poco sucios y malolientes, que de noche en noche encontraba al escarbar entre el cúmulo de desperdicios de aquel basural que semanas antes lo viera nacer.

Tristán creció como crecen los perros sometidos a ración de hambre: flaco y desgarrado. Y a pesar de haber llevado durante mucho tiempo alrededor de su cuello una correa de cuero, que sus amos se empecinaban en llamar collar, nunca perdió las esperanzas de algún día volver a corretear libremente por las calles.

Un domingo por la tarde los amos del perro salieron de casa para asistir a un *presterio*, dejando a Tristán al cuidado de la casa; pero, como decían que éste era

un animal mañoso y traicionero, ya que nunca había correspondido con afecto a las caricias *palocientas* (a plan de palo) que le daban, lo dejaron fuertemente amarrado al poste más cercano a la entrada.

El "Mafias" y el "Zacarías Todo", conocidos raterillos de segunda categoría, que estaban pendientes de los movimientos de los propietarios, al ver que éstos salían de jarana, se acercaron cautelosamente hasta la casa para inspeccionarla de cerca. Cuando llegaron, el perro se irguió sobre sus cuatro patas y los miró de frente, mas no gruñó ni hizo movimiento agresivo alguno, porque reconoció en ellos a los dos amigos que, de cuando en cuando, al pasar por allí le arrojaban un poco de comida. Fue por eso que les movió la cola en franca demostración de amistad canina.

Los dos raterillos saltaron la pared y se introdujeron en la casa. Se acercaron al perro, y el "Mafias", compadecido por el estado lamentable del perro —ya parecía un acérrimo participante de huelgas de hambre—, le soltó el collar y la cadena devolviéndole la libertad, al tiempo que decía a su compañero de fechorías: "Si este perro fuera un ser humano, con gusto le regalaría unos pesos para que se vaya a comprar un buen plato de comida...".

Al verse libre Tristán no cabía en sí de gozo. Corría de un lugar a otro sin rumbo fijo. Mil veces lamió agradecido las manos de sus libertadores. Les hacía piruetas y malabarismos; y casi se desmaya de emoción y alegría cuando el "Mafias" le abrió la puerta de calle, y con una genuflexión, le invitó a salir para que fuese en busca de sus sueños e ilusiones, libre como el viento.

Con disimulo, el "Mafias" secó con una de sus mangas una lágrima furtiva que intentó humedecer sus mejillas, y, después, se reunió con su compañero

de fechorías para, conjuntamente, realizar en el interior de la casa de los ex-amos de Tristán una "nacionalización" mucho más efectiva y despiadada que las nacionalizaciones de las minas de Patiño, Hoschildt y Aramayo juntas.

Pasaron muchos meses y Tristán se convirtió en el perro más temido de la ciudad y sus alrededores. Las personas y los animales temblaban de solo verlo caminar por las calles acompañado de varios perros vagabundos que eran sus guardaespaldas. Donde antes había remedos de carne, ahora existían fortísimos músculos de acero. Sus colmillos habían demostrado que eran capaces de cortar de una dentellada el rabo del can que osaba enfrentársele y más de un guardián del orden había sentido en sus posaderas la presión de sus mandíbulas. En fin, Tristán se había transformado en la pesadilla viviente de toda la ciudad.

A pesar de que aún seguía viviendo en la calle, Tristán había encontrado infinidad de recovecos clandestinos y semiabrigados donde se retiraba a descansar cada vez que terminaba su jornada diaria de fechorías.

Era el galán más cotizado por innumerables damiselas caninas que iban desde las finas y elegantes *collies*, hasta las encogidas *pequinesas*, pasando por las estafalarias *ch'apis*, *pastoras alemanas*, proletarias *th'ampullis* y aburguesadas *perritas de lanas*.

Alguien contaba que Tristán había regado con pequeños tristoncitos varios hogares ciudadanos, provocando el malestar de los dueños de sus ocasionales *pichocho*s, quienes se enfurecían al ver que esos cachorrillos arruinaban el "perrigree" de sus perras falderas. Y también causaba grandes decepciones caninas, porque los "novios legales" veían

que las perras de sus sueños parían muchos críos que, más que ser perros de raza, se asemejaban a futuros canes vagabundos.

Las viejas beatas de la ciudad —que sumaban más de mil— formaron una comisión *ad hoc*, de emergencia, para ir a solicitar al Alcalde la inmediata eliminación del perro ganster que perturbaba sus días de rezos y sus noches de insomnio. Para tal efecto organizaron un *té-rummy* de beneficencia donde reunieron sus buenos pesos y compraron valiosos regalos. Después, las viejas que conformaban la comisión se hicieron acompañar de Lolita (preciosa chiquilla de quince años de la que estaba perdidamente enamorado el sexagenario Alcalde) y se fueron hasta la Comuna, donde lograron que el burgomaestre les empeñe su palabra de honor de eliminar al temible can.

Luego, cuando las viejas de la comisión salieron, dejaron al Alcalde "conversando" íntimamente con Lolita, que, aunque parezca insólito, ya era una experta *programera* profesional que ofrecía a sus acaudalados clientes, el denominado "servicio completo".

Al día siguiente, la totalidad de los gendarmes municipales salieron en busca de Tristán llevando entre sus manos bocados de carne envenenada con la ilusión de que el perro se los comiese; pero, como Tristán ya era matrero y que además de ser corrido en siete plazas se las sabía todas, optó por retirarse a sus cuarteles de invierno para descansar mientras pasaba la tormenta.

Cierta noche Tristán se sintió romántico y, descuidando precauciones, se dirigió hasta el barrio residencial donde vivía la perrita de sus sueños para contertuliar con ella. Una vez que llegó allí, de un salto formidable venció la muralla que protegía la

propiedad y cuando estuvo dentro, emocionado se puso a ladrar llamando a su Dulcinea; más no salió ella sino el secretario del patrón, armado de un arcabuz *made in Barrio Chino* y, al ver la silueta de Tristán, lo confundió con un vulgar raterillo por lo que le empezó a disparar a quemarropa.

Como Tristán no estaba hecho en el mismo molde de Kaliman o el Hombre Nuclear, fue herido en el pecho y en las dos patas traseras.

Haciendo un esfuerzo sobrecanino (casi escribo sobrehumano) que le consumió todas sus fuerzas, logró salir de la casa y emprender la retirada, más que corriendo, arrastrándose por calles y avenidas.

Avanzó más aún la noche, Tristán estaba afiebrado y desangrándose por completo. Se había refugiado bajo un banco de madera, en un parquécillo olvidado de la mano de la Alcaldía y su mente era un maremagnum de recuerdos y sinsabores. Afluían a su cerebro los recuerdos de antaño y le atormentaban los dolores de aquellas incontables palizas que recibiera cuando vivía en el barrio marginal, del hijo de la chola, quién, armado de un palo de escoba, se ensañaba con Tristán tratando de medir su grado de resistencia al dolor. Evocaba los frecuentes malestares estomacales que sufría cada vez que comía huesos sucios y podridos; y aun le parecía sentir cómo durante las frías noches del verano paceño, la lluvia solía mojarle hasta lo más profundo de su cuero.

Y no tenía fuerzas para restañarse sus heridas con la lengua, y por sus ojos empezaron a brotar lacerantes lágrimas, mezcla de dolor e impotencia, por la miserable vida de perro que había llevado hasta entonces.

Tristán tenía sed. La garganta le quemaba atrozmente y el dolor de las heridas le resultaba insoportable. Agobiado por mil pensamientos inenarrables, logró atrapar en el aire un poquito de sueño y apoyando su cabeza entre sus patas delanteras se quedó profundamente dormido.

Amanecía sobre la ciudad cuando Tristán escuchó unos pasos que se le acercaban y despertó sobresaltado; pero, al oír la voz amistosa del "Mafias", movió una sola vez la cola —no tenía fuerzas para más— y dejó que éste se le acerque y cariñosamente le rasque la cabeza.

Los madrugadores que salían de sus casas y los noctámbulos que se dirigían hacia ellas, vieron esa mañana a un hombre que caminaba presuroso por las calles llevando entre sus brazos a un perro herido (o quizás muerto), que parecía dormir plácidamente; más lo que no notaron fue el bulto que el hombre llevaba atado a la espalda, del cual sobresalía la antena de un televisor a colores.

Mientras tanto, los gendarmes municipales seguían buscando afanosamente al terrible perro que hizo temblar de miedo a esas viejas encopetadas y emputantes, que tienen por *hobby* molestar a los curas de sus parroquias con aburridísimas confesiones, además de la mala costumbre de jugar *rummy canasta* todas las tardes.

Tristán recuperó poco a poco la salud y con el transcurrir del tiempo volvió a ser el mismo perro acerado de antes.

Algunos meses después, la ciudad nuevamente fue afectada por una psicosis de miedo y de terror. Innumerables domicilios fueron asaltados por un trío

infernado integrado por dos connotados delincuentes y un perro.

Nada ni nadie estaba a salvo. Las mujeres y las perras eran violadas sin contemplaciones.

Ante esta situación los gendarmes municipales se pusieron a buen recaudo, quedando encargados de la captura del trío efectivos fuertemente armados de la policía.

El general Primitivo Metebala, a la sazón Presidente de la República, ofreció públicamente centenares de miles de morlacos por la captura o muerte del trío, mientras que las viejas beatas —y las que no lo eran— ofrecían en matrimonio a sus hijas vírgenes (según las viejas) al o los héroes que lograran exterminar a los causantes de sus noches de insomnio.

Pero nadie salió a enfrentarse con los tres amigos entrañables; y la policía, cansada de buscarlos por las cantinas, prostíbulos, bares, cines y *presterios*, se dedicó a reprimir manifestaciones de obreros que pedían aumentos salariales en calles y avenidas. Y hasta el general Primitivo Metebala, a la sazón Presidente de la República, tuvo que desistir de la recompensa que ofreció, porque el Director del Tesoro de la Nación le comunicó que las arcas estatales estaban aullando por la escasez de metálico contante y sonante.

Las viejas beatas —y las que no lo eran— tuvieron que elevar entonces sus súplicas y plegarias a San Román y a San Judo; pero como este tipo de santos no han sido canonizados todavía, sus oraciones se perdían entre los meteoritos y asteroides. Mientras tanto sus hijas vírgenes —vírgenes según las viejas— ante la inexistencia de un héroe similar a Alain Delon, Charles Bronson o Jean Paul Belmondo, cada noche comprobaban

desesperadamente cantidad enorme de velas y cirios de grueso calibre para calmar sus ansias.

Siguieron pasando los meses y una noche, en un prostíbulo de "Villa Cariño", el "Zacarías Todo" perdió la vida y todo el dinero que llevaba mientras jugaba a la ruleta rusa.

Al mes siguiente, el "Mafias" cayó desde el piso setenta y nueve del edificio del Banco de Sangre, mientras trataba de escapar con un maletín lleno de coca-dólares y billetes de corte mayor. Al llegar al suelo ya estaba muerto, porque su corazón había dejado de latir víctima de un ataque cardíaco al pasar por el piso trece. Y conste que el "Mafias" no era supersticioso, puesto que él aseguraba que eso siempre traía mala suerte.

¿Y Tristán? ¿Qué pasaba con ese pobre animalito del Señor?

Bueno, él se había quedado nuevamente solo, y como se sentía un poco viejo y aburrido, se dedicó a vagar por los barrios periféricos de la ciudad recordando sus buenos tiempos, cuando hacía temblar a todos los animales (rationales e irracionales). Y aunque aun infundía temor y respeto en aquellos que se cruzaban en su camino, nadie levantaba la mano para agredirlo, ni el auricular del teléfono para denunciarlo, porque la plebe siempre ha sabido valorar el coraje de aquellos, sean humanos o animales, que tuvieron el valor de enfrentarse decididamente contra el injusto sistema social en el que tuvieron el *k'encherio* de nacer.

Los moralistas de siempre, viejos corruptos y degenerados, se escandalizaron cierto día al ver el espectáculo que ofrecían en plena calle una perra en celo y un quiltro greñudo unidos fuertemente en sus

partes "pornos", rodeados de infinidad de perros que hacían cola para descargar en la perra los chorros pestilentes de sus pasiones contenidas; y como este espectáculo no era apto para menores de veintiocho años, apedrearon furiosamente a la ramera canina y a sus pretendientes hasta ponerlos en fuga.

Este hecho fue comidilla por varios días para las chismosas de siempre, quienes contaban "escandalizadas" los pormenores del coito canino, mientras que con mal simulado pudor se frotaban las nalgas, como si estuviesen celosas de la suerte de la perra.

Siguieron pasando los meses y un día domingo por la tarde, Tristán tuvo la mala idea de ir a pasear, después de mucho tiempo, por los barrios residenciales de la ciudad, a manera de desanquilosar las oxidadas coyunturas de sus huesos; y, figúrense, cuál sería el sentimiento de frustración que experimentó al ver a la Dulcinea de sus sueños, la veleidosa y coqueta *perrita de lanas*, por la cual casi pierde la vida, acompañada de un formidable *bulldog*, paseando como dos enamorados.

El *bulldog* no representaba ningún problema para Tristán, porque él se había peleado hasta con tres de ellos poniéndolos siempre en fuga. Pero el dolor que sintió en su corazón fue tan intenso, que se quedó inmóvil en medio de la calle, y por eso no escuchó la bocina de un auto deportivo que se acercaba a gran velocidad y que tras embestir el cuerpo del perro, lo elevó por los aires, estrellándolo treinta metros más allá.

La perra lo miró con desdén, y siguió paseando con su galán como si no hubiese pasado nada, dejando el cadáver del pobre Tristán tirado en la calle, en

medio de un charco de sangre, atropellado como un vulgar perro.

Policarpio Tancara, humilde campesino oriundo de la población de Chamoco Mock'o y que trabajaba en esa época como *pichiri* (barrendero) de la Alcaldía, lanzó al aire tres carajazos esa madrugada cuando tuvo que recoger el cadáver ensangrentado de Tristán para conducirlo en su desvencijada carretilla hasta el basural de la esquina. Mientras mascullaba maldiciones en aymará, procedió a realizar esa macabra labor, mientras que en esos momentos, en medio del basural, una perra callejera estaba pariendo nueve cachorrillos y en una casa de vecindad, una *imillita* con espíritu de comerciante, y en esos días escasa de dinero, reunía toda la basura de su casa para ir a arrojarla al único lugar destinado a ese efecto: el basural de la esquina.



YO CASTO

Mi compadre más querido me dijo, creo que por milésima vez, que la muchachita de rostro angelical que vive en mi casa, y que al pasar por las calles deja tras de sí un fuerte olor a virginidad, ya está en edad de merecer algo más duro y sólido que piropos inofensivos; y que sería injusto que ese bocadito que está hecho como para el pobre, sea aprovechado y mancillado por el *llock'alla* vago que la anda persiguiendo como perro enamorado, y que espera el momento propicio para desflorarla con el peso abrumador de sus pasiones insatisfechas.

Yo también lo creo así, y puede ser que un día de estos ponga en práctica todo cuanto mi mente morbosa me ordena; y cuando llegue ese día, voy a tener que estar totalmente embrutecido por el alcohol para poderme olvidar, que esa muchachita ingenua, que despierta mis más bajas pasiones, y que para el colmo de los males vive en mi casa, es... mi propia hija.



RECUERDO PERDIDO EN EL DESEO

(Para Marisol, dondequiera que se encuentre)

Esta noche, sin habérmelo propuesto, mis pasos me han traído al interior de este prostíbulo que, como bien sabes —¡qué vas a saberlo, si tú no lees ni los periódicos!— es el putero más famoso de Tembladerani.

Yo no tenía la intención de entrar a este local, pero, como la lluvia que está cayendo insensiblemente sobre la ciudad pretendió humedecer mis pensamientos, fue por eso que entré aquí para guarecerme.

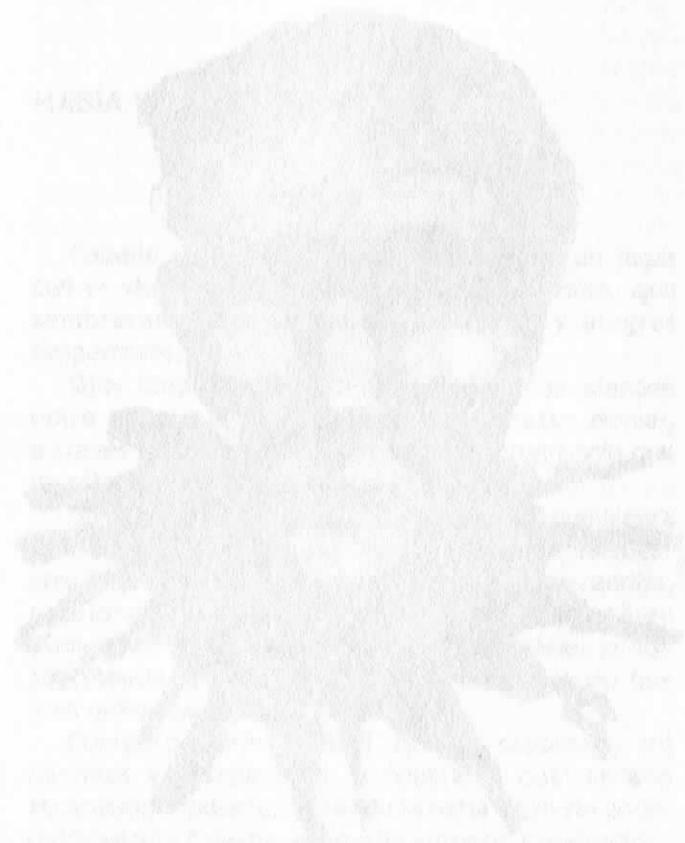
Y, mientras estoy apoyado sobre una de sus paredes fosforescentes, maldigo mi insolvencia porque no me permite comprar por lo menos un vaso de cerveza a manera de matar el tiempo. Y los clientes, que uno tras otro ingresan a este local, pareciera que estuviesen ingresando a un recinto religioso, porque están temerosos y cohibidos, mas, cuando abandonan las piezas donde compartieron sus intimidades con las mujeres que trabajan aquí, salen como liberados de culpas y pecados.

Es entonces que me acuerdo de aquella otra noche en que nos conocimos, cuando los dos estábamos quemando nuestras soledades en el interior de una cantina, y nuestra exagerada afición por el alcohol nos

servió para presentarnos. Y fue ese mismo alcohol el que en un momento dado nos transformó de dos seres humanos en dos animales en celo: y el baño de dicha cantina, sucio y pestilente, donde se conjugaban vómitos y porquerías, se convirtió en nuestro tálamo nupcial. Tú te recostaste sobre el inodoro, y mientras una de tus manos se aferraba a mis espaldas, con la otra sujetabas el picaporte de la puerta, mientras me susurrabas melosamente en el oído que me apurase, porque alguien podía sorprendernos en pleno cachivache.

Semanas después, en otra cantina, yo estaba quemando con licor mi tiempo inservible en compañía de otro borracho que conocí tragos antes; y, cuando le conté la manera como te había conocido, él me dijo: "Ésa es una cualquiera a la que basta que le invites unas copas para que te abra las piernas"; y, como si la cosa no tuviese importancia, agregó: "Mujeres como ella te pueden ensuciar el alma..."

Bueno, ya ha dejado de llover y tengo que reemprender mi caminata interrumpida hasta el cuchitril que me sirve de morada, y mientras voy caminando me pongo a pensar que si, algún día, un escritorcillo ocioso escribe la verdadera historia de la prostitución clandestina en la ciudad de La Paz, y en ese libro a ti no te mencionan es que estaré convencido que manos puritanas y moralistas le han arrancado sus más bellas páginas.





HABÍA UNA VEZ... UN NIÑO

Cabello sucio y enmarañado, que gusta de jugar con el viento para atrapar partículas de polvo, que sembraran sobre su cabeza fantasías y alegres despertares.

Ojos limpios, de color infinito, que se pierden entre las gamas del arco iris, y que tratan de ver, a través de las lagañas, un horizonte promisorio que no sólo figura en los cuentos y en las fábulas.

Una sonrisa franca, infantil y juguetona, que alegra esos labios que muy poco o casi nada saben de paladear apetitosos bocados y que dejan escapar, por su rendija, oraciones de agradecimiento si es que reciben alimentos, o palabras obscenas y vulgares si son abofeteadas por los hombres, la vida, o alguno que otro uniformado.

Cuerpo pequeño y frágil, que ha saboreado mil caminos y atardeceres, y contra el cual se han escarnecido todas las furias de la naturaleza sin poder doblegarlo. Cuerpo prematuramente envejecido, marcado por el alcohol, el tabaco, y con los pulmones impregnados de drogas e inhalantes.

Manos pequeñas, renegridas por la falta de aseo y cuidado, que saben pedir las cosas o sustraerlas; que también saben trabajar honradamente con la pala y la picota, o deshonoradamente con una filosa hoja de afeitar, en los micros y en los colectivos. Con dedos diminutos que se deslizan ágilmente a través de los bolsillos ajenos, y que en las misas dominicales, antes que colocar un óbolo en el cestillo de las limosnas, sacan la mayor cantidad de billetes mientras sus ojos distraen la atención del monaguillo.

Manos que nunca acariciaron un rostro materno. Manos que jamás fueron besadas cariñosamente cuando eran lastimadas. Manos que no conocen lo que es un juguete, una golosina o el pelo sedoso de una mascota regalona. Manos de niño-anciano, que desde el ignorado vientre materno se aferraron fuertemente a lo único valioso que poseían: la vida.

Es vieja y apergaminada la ropa que cubre a este mocoso. ¿Acaso sean los trapos que desechó un niño bueno y que su madre entregó al cura de la parroquia para que éste lo regalara al primer vagabundo que asomase por ese lugar? ¿Ropa comprada en el "Barrio Chino"? ¿El producto de la "nacionalización" que realizara cierta tarde, cuando penetró en el interior de una casa particular, descolgó de un alambre las ropas que se estaban secando y tras cambiarlas por las suyas se las puso; y es por eso que le quedan grandes? No lo sé, y si lo averiguase, algo semejante a un sentimiento de culpa le impediría contarme la verdad.

Pies menudos y cansados, que han hollado mil caminos y atardeceres, y que gustaron de las emociones de patear un bidón plástico cual pelota de fútbol, y que también patearon a los perros vagabundos, que, por las noches, le disputaban los escasos mendrugos

alimenticios arrojados en las latas de basura de los mercados.

Pies que corren al igual que de los maratonistas, mientras sus manos sostienen el pan robado a la vendedora ambulante que a diario se esfuerza por ser una buena especuladora.

Zapatos modelo indefinido, que tienen más hambre que su ocasional propietario, y que muestran a las piedras del camino sus oxidados dienteillos metálicos.

Parece ser un niño, éste que camina por las calles arrastrando su miseria y su inocencia a través de las paredes remendadas de afiches. Pero, mirándolo más detenidamente, es un anciano de rostro envejecido y experimentado, reencarnado en la persona de un escuálido mocoso harapiento.

No es un niño éste que mira a otros de su edad jugar despreocupadamente en un parque. No es un niño, porque no tiene padres que lo quieran, ni niñera que lo cuide y lo observe atentamente, presta a satisfacer sus gustos más ridículos. No es un niño, porque los niños no lloran amargamente reclamándole a la vida por tantas injusticias y necesidades; y ahora él está llorando, porque siente que le falta "algo" que solamente él sabe, y ese "algo" es tan importante, que no puede escribirse en un papel y dejar que el tiempo lo borre.

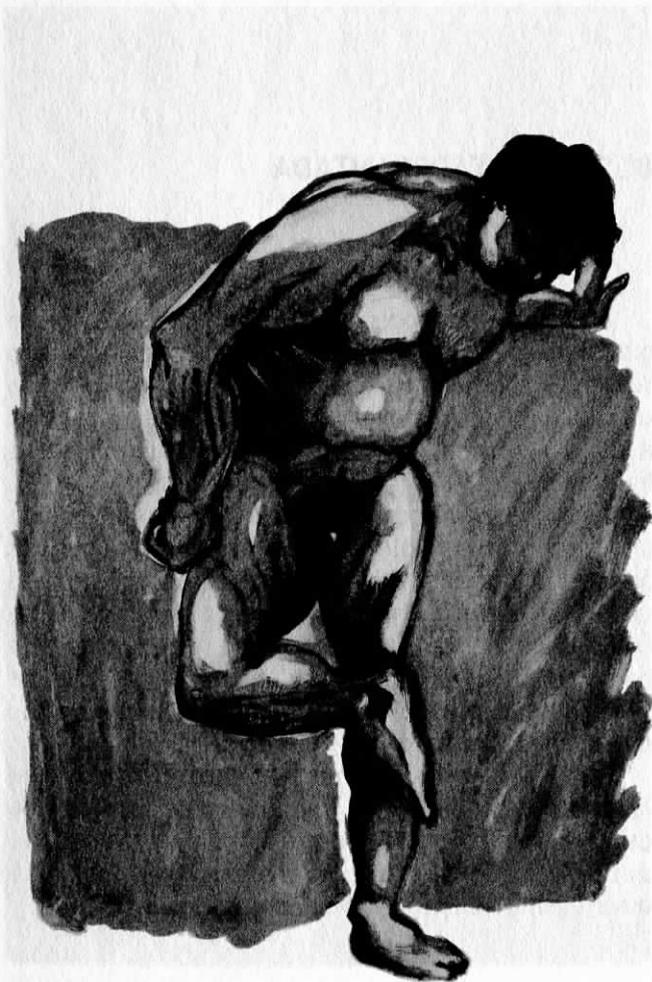


BÚSQUEDA ESPERANZADA

Tengo que reconocer que me he perdido. De tanto buscarte, no me di cuenta que mi brújula había perdido su norte, y heme aquí, que estoy sentado enfrente de una mesa de chichería, tratando de aplacar con alcohol la inmensa pena que tu ausencia me ha ocasionado.

Tanto pregunté por ti y en mil caminos he gastado mis esperanzas. Sólo pude averiguar que tú has aprendido a ofrecer tus intimidades a quién te coloca unos billetes en las manos, que centenares de bocas han besado tus labios y que más de mil camastros te han visto rodar por sus superficies; y que a más de siete de tus ocasionales amantes les has mentido diciéndoles: "te amo".

Pero, a pesar de que me encuentro perdido en el laberinto de mi extravío, voy a averiguar que ha sido de ti. ¿Y sabes por qué?, porque al final de cuentas tú, perdón, usted es mi madrastra, y papá está envejeciendo en casa esperando su regreso.



BUSCO A UN AMIGO

Desde hace mucho tiempo atrás estoy buscando a un amigo, y aquellas personas a las que pregunto por él, no me pueden dar referencia alguna. Mi amigo tiene veintitrés años, y a pesar de encontrarse en la flor de su juventud, él se sentía viejo y acabado. La vida había perdido todo su atractivo para él, y a pesar de encontrarse a veces rodeado de sus amigos, se sentía solo y abandonado.

Nunca conoció ni un poquito de cariño en su familia. De niño sólo recibió malos tratos, y era tratado como sirviente, o mejor dicho, como esclavo en su casa.

Cuando tenía doce años, una tarde sacó veinte pesos de la cartera de su madre y se fue al cine (que buena falta le hacía). Al volver a su casa, su madre, que había notado la falta del dinero, con todo el "cariño maternal" que profesaba hacia ese su hijo, le dejó un bello recuerdo que el tiempo nunca podrá borrar: después de masacrarlo le quemó los brazos desde el codo hasta la muñeca.

Desde los catorce años él vive solo (porque a esa edad fue echado de la casa de su padre), y ya han

pasado nueve años de que su familia no se acuerda de él. Mi amigo parece que ha sufrido mucho en la vida; porque varias veces lo vi caminando por las calles a altas horas de la noche y él me confesaba que lo hacía porque no tenía un lugar apropiado donde ir a dormir. Él no sabía trabajar en nada, y como no tenía de donde sacar unos pesos para comprarse por lo menos un plato de comida, tuvo que empezar a delinquir.

Tan agitada y violenta fue su vida a partir de entonces que, en poco tiempo, se transformó en otro hombre: Le gustaba embriagarse consuetudinariamente, fumaba hasta dos cajetillas de cigarrillos al día; en ocasiones se drogaba con *thinner* para olvidar sus penas. Con las mujeres siempre tuvo problemas, porque nunca pudo encontrar una muchacha que lo quisiera y aceptara así, tal cual era, con todos sus defectos y sus errores.

A veces me contaba en secreto que habría soportado los peores vejámenes y humillaciones con tal de saber que sus padres lo querían; y las peores torturas que le fueran infringidas las habría resistido estoicamente con tal de escuchar de labios de sus padres la palabra "hijo" pronunciada con cariño.

Mi amigo tenía padre, madre, padrastro, madrastra, hermana, hermanastros, abuela, tíos, primos y sobrinos; pero nunca fue considerado como un familiar: era la oveja negra, y ahora dicen que él es un mañoso, borracho, insolente, degenerado y vicioso.

En las conversaciones que suelen tener los familiares de mi amigo, hablan de todos los temas habidos y por haber; pero jamás supe que lo mencionaran para algo. Todo parece indicar que les denigra el solo hecho de decir su nombre.

Algunos hermanos y familiares de mi amigo ocupan muy buenos cargos en sus trabajos, como jefes de empresas por ejemplo, y gozan de una muy buena solvencia económica; pero, nunca le ofrecieron a mi amigo un trabajo o una ayuda para que él se regenerere. En la actualidad, yo sé que mi amigo nunca irá a pedirles nada a ellos, porque si él no existe para su familia, su familia tampoco existe para él.

Hace algunos meses atrás, me confiaba que había decidido regenerarse y cambiar por completo su existencia; pero tal parece que ese cambio se le está haciendo muy difícil, y, las "malas lenguas" (que nunca faltan), me contaban que mi amigo ha vuelto a beber con frecuencia y que la idea del suicidio está rondando por su mente. Quisiera preguntarle que, si se suicida, ¿lloraría alguien su muerte?, ¿existiría algún familiar o persona de buena voluntad que eleve una oración por el eterno descanso de su alma?, ¿quién llevaría luto? Yo creo que nadie. Por esas mismas "malas lenguas" me enteré también que mi amigo aún asegura poder completar ese cambio radical que tanto ansía; mas, yo sé que eso es mentira porque mi amigo se siente derrotado moral y materialmente.

La vida ha perdido todo su atractivo para él. Y, a pesar de que a veces se encuentra rodeado de sus amigos, yo sé que él se siente solo y huérfano de cariño. Y es por eso que por las noches, cuando se encuentra en su cuarto solitariamente silencioso, mi amigo se pone a llorar como un niño, y no hay quién le de un poco de consuelo.

También me contaba que se sentía atraído hacia la vida religiosa, y que incluso viajó al interior del país para realizar un retiro vocacional, donde le dijeron,

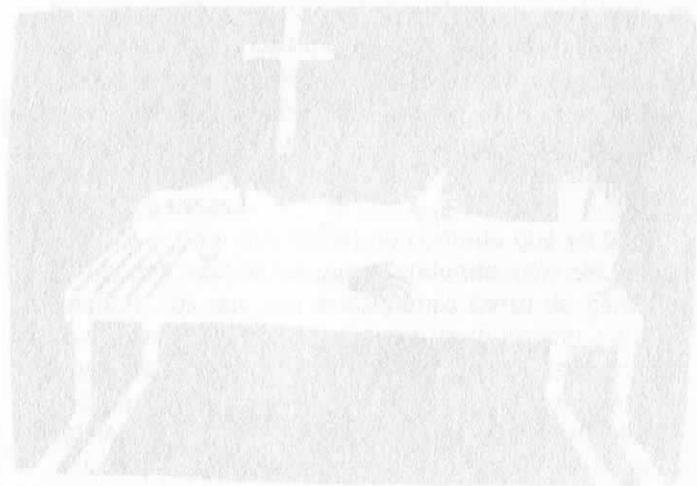
que si se lo proponía, llegaría a ser un gran sacerdote. Ahora yo no sé que pasó para que aquello no se concretara.

Si a algunos de ustedes les dice que se siente feliz de la vida, no le crean, la realidad es distinta aunque él finja lo contrario.

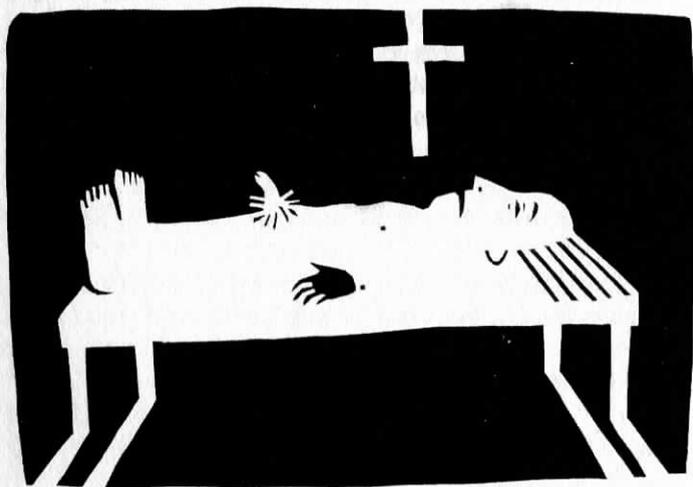
Si dicen que ha vuelto a beber con frecuencia, no creo que lo haga por vicio ni por amor al deporte, tal vez quiera matarse poco a poco con el alcohol.

De niño me enseñaron, en la escuela, que cada persona que nace tiene en el cielo una estrella que le guía y un ángel guardián que le cuida durante toda su existencia; pero, parece ser que mi amigo nació en un día tormentoso y nublado, y que en el reparto de ángeles guardianes, faltó uno exclusivamente para él.

Por eso es que lo busco, pero no puedo encontrarlo. Lo busco mientras haya tiempo de evitar que mi amigo atente contra sí mismo. Si alguno de ustedes lo conoce y lo ve por ahí, díganle simplemente que... yo lo estoy buscando.



Una mesa sencilla con un crucifijo y flores, tal vez en un altar o un espacio sagrado.



CADÁVERES Y Cía.

He pensado que, para mí, el trabajar como yo lo hago no es traumático ni complejo. Si bien es cierto que a nadie le gusta este oficio, yo me considero algo así como un carnicero profesional, porque, al final, es precisamente la carne la que pasa entre mis manos.

Mi horario de labor es de doce horas continuas y no puedo descansar un fin de semana o un día feriado —aunque sí puedo hacerlo— porque por ahí sucede algo importante y, por descansar, yo puedo perderme algunos pesitos.

Pero parece que no les he contado que yo soy uno de los dos morgueros que atendemos este sector del hospital, los que nos encargamos tanto de camuflar los errores de los médicos, como de charquear a cuanto muertito produce nuestra ínclita ciudad, y que, necesariamente, tienen que venir a terminar de enfriarse sobre una de nuestras mesas de cemento.

La mía no es una labor muy cómoda que digamos, mas, tiene algunas satisfacciones que, de cuando en cuando, le dan un dulce sabor al trabajo, y que si bien no es mucho lo que se gana, algo es algo.

Ayer, por ejemplo (creo que al mediodía), trajeron los restos de una cholita de unos veintitantos años de edad a la que la habían sacado del fondo de un barranco, lugar al que habría ido a parar presumiblemente por problemas sentimentales. Si bien no la encontraron en posición decúbico dorsal, estaba hecha mierda, porque, durante la caída, su cuerpo había chocado repetidas veces contra las salientes del barranco, que, al llegar al fondo, de la cholita no quedaba casi nada.

Toda ella era una miseria; pero, antes de que llegue el forense de turno para realizar un examen parcial de lo que quedaba del cadáver, con un alicate le saqué el engaste de oro de su dentadura y —ojo clínico— calculé que de allí se podía obtener tranquilamente unos ciento cincuenta dólares.

Con el tiempo uno llega a encariñarse con los muertitos porque —aparte de sus familiares y conocidos— nadie más se acuerda de ellos; muchas veces he sentido algo semejante a la tristeza cuando nadie viene a reclamar por uno de ellos. Se siente como si el corazón se nos rompiese en pedacitos, pues están abandonados y no tienen ni siquiera un perrito que les aúlle, a manera de despedirlos, cuando sus almas ya han abandonado para siempre este perro mundo.

Y es que todos nosotros, de alguna manera, somos egoístas y desnaturalizados. Mientras nada nos falte estamos felices y contentos; mas, si vemos un muerto que "a gritos" nos suplica que lo entierremos, nos importa una vaina que se pudra o no, porque, ¿quién le manda a que se muera?

Aún así, esa especie de miedo que tiene la gente para palpar un difunto, me ha permitido hacerme de algunas lucas que el finado no logró gastar en vida;

y como tampoco lo hará en la otra, inevitablemente, tienen que venir a parar a mis bolsillos. Es más, con el debido cuidado que implican los deudos, hay veces que uno se encuentra joyas, anillos, relojes, ropas finas, tarjetas de crédito (¿pa' qué servirán estas tarjetas, no?), aretes y otras cositas más que harían reír, hasta a los cascarrabias más impenitentes, por lo inverosímil y ridículo. Tal es el caso de aquel viejito de noventa y tantos años que guardaba en uno de sus bolsillos una revista pornográfica brasilera a colores y un par de preservativos, pero que en su entrepierna, allí donde mora el instrumento reproductor, el moho y las telarañas demostraban que desde el siglo pasado dicho instrumento había pasado a la reserva inactiva. Vale decir que el propietario era un ex-combatiente jubilado de la guerra del catre.

Como les estaba contando al principio de esta pérdida verbal de tiempo, yo trabajo doce horas continuas y mi hermanito menor es el que cubre las restantes doce horas, por lo que se puede asegurar que este negocio lo manejamos en familia. No es que trabajemos por necesidad, por lo que me atrevería a decirles que lo nuestro es hereditario y vocacional.

Mi abuelo fue traficante de ganado en el Altiplano; mi padre era carnicero del Mercado Central y, un día, en el matadero, conoció a mi mamá mientras ella lavaba los intestinos de una vaca a la que habían hecho feliz rato antes. Tras mirarse a los ojos entre ambos y darse cuenta que estaban hechos el uno encima de la otra, se dieron la mano y ese saludo —gracias a la vaca— quedó sellado con sangre.

(Mi hermanita mayor vende menudencias en el mercado de la zona y mi hermana menor reparte fiambres y embutidos en fríales y almacenes).

Una de las cosas que no entiendo, perdón por la confianza, es que no puedo estar tranquilo si por lo menos dos veces al día no me pierdo entremedio de las polleras de una chola cualquiera. Actualmente yo vivo con tres de ellas; y a pesar de que a cada una de ellas le doy su cuota parte de cariño (cama de por medio), en cuanto miro un par de caderas que hacen bailar una pollera al compás de su meneo, el diablo se me encorajina dentro de mis pantalones y pierdo la calma. No estoy tranquilo mientras mis manos no recorran aquellas carnes sedientas de lujuria y pecado, y mis jadeos no se pierdan en los labios de la chola elegida, al tiempo que los resortes de mi camastro rechinan como lamentos de talabartero.

Es cierto que el alcohol despierta los recuerdos, y los secretos pierden su ingenuidad en cuanto ese alcohol embriaga nuestras palabras. Creo que es por eso que ahora me siento borracho y no sé qué es lo que les estoy contando; y les juro por la virgencita de Las Siete Cruces que esta es la primera vez que me estoy tomando unas copitas, y esa especie de falta de costumbre me ha volteado con tres vasos de *t'irillo* recalentado. Pero, como me han contado que los borrachos al día siguiente no se acuerdan de lo que hablaron o escucharon, estoy tranquilo, porque de lo que les he dicho, mañana, ni por San Judas Iscariote se van a recordar una palabra.

Así como les iba contando: ese asunto de las polleras me tiene tan loco que a veces pienso que cuando estoy encima de mi cama, todo el relajo lo realizo maquinalmente y que más que un semental me asemejo a un robot, ya que todas esas cosas las realizo casi automáticamente o como si estuviese supeditado a un

libreto: hablarle a ella, convencerla, llevarla hasta mi cuarto, trancar la puerta, desvestirla, desvestirme, acostarnos, funcionar, acabada la función vestirnos, darle unos pesos, acompañarla hasta la esquina, chau, mirar otras polleras...

Para ser la primera vez que me estoy tomando unos tragos, se puede decir que estoy deliciosamente borrachito y decepcionado; y si a ratos lloro un poco, no me hagan caso, porque ¿qué son dos lágrimas sobre las mejillas de una persona que desde hace miles de siglos solamente ha visto cadáveres y polleras?

He perdido la cuenta de las mujeres que he tenido, como también de las que me han abandonado en cuanto descubrieron en qué consistía mi trabajo. ¿Hijos?, cuando me contaron que mi cosa no sólo servía para hacer pis, la población de nuestro país estaba por los cuatro millones de habitantes. Ahora, gracias a mi sacrificio, está llegando a los siete millones.

Para mí, los cadáveres son una especie de herramienta de trabajo, porque si algún día —Dios no lo quiera ni el diablo lo permita— me llegaran a faltar, puedo quedar relocalizado. Es más, por las noches, cuando mi turno se extiende hasta el día siguiente yo me doy el lujo de dormir tranquilo, porque si sé evitar las maldades que a mis espaldas me pueden hacer los que están vivos, ¿qué puedo temer de los muertos que los tengo echados sobre las mesas de cemento del anfiteatro y que sólo hieden por efecto del formol momificante que les he encachufado en determinadas partes de sus cuerpos?

¡He visto tantos de ellos, de ambos sexos, que ni siquiera el cuerpo más bello que viene a parar a mis manos, por decir el de una cholita de quince años

(futura Miss Camposanto), me despierta el deseo o las ganas de resucitarla a través de mis calditos de cardán humano!

Nuevamente les pido que me perdonen por este llanto. A mi edad, cuando los cuarenta años que tengo me encorvan los pensamientos, y yo, tontamente creía ser el más pendejo entre los vivos, me he enamorado como un animal de dos patas, como si fuera un eunuco recién castrado, como luciérnaga enamorada de una linterna a pilas... y ella no me ha hecho caso. Es más, se ha burlado de mi cariño, y que si hasta ahora no me había mandado a la mierda, es porque ella es una cholita bien educada.

Se llama Virginia, y tiene dieciséis años hermosamente distribuidos por todo su cuerpo. Por lo que me enteré a través de la gente, ella nunca había conocido hombre alguno, y su boca solamente había besado ese crucifijo que protege su pecho, y que, cuando ella camina, parece —me refiero al crucifijo— que se quiebran el par de secretos que palpitan al compás de su corazón.

Y me enamoré aquel maldito día en que, estando yo paseando por el mercado, el vaivén de su pollera llenó de luz mis ojos; y por primera vez —cosa rara— el sexo perdió su entusiasmo y mi devaluado corazón latió más fuerte en honor a ella. Y yo, precisamente yo, el morguero más antiguo del hospital quise ser el más servil de sus esclavos, con tal de que Virginia sea mi diosa, mi ama y mi patrona.

(Alguien la había llamado por ese nombre, no recuerdo dónde ni cuándo, y al ver que ella atendía prestamente dicho llamado, me di cuenta que mi hechicera llevaba nombre tan lindo).

Tal parece que este mi relato les ha hecho dar sueño porque están cabeceando como si no se animaran a dormirse, o sí, y esto es bueno porque como están mulas de borrachos, o igual que una lombriz arrastrándose en medio de un pomo de clefa, les voy a seguir contando mi desgracia (al final el que está pagando los tragos soy yo), porque esta mañana, por primera vez en mi vida, me falté al trabajo y me vine a esta cantina para buscar en el alcohol el alivio que tanto estoy necesitando y que desespero al no poder encontrarlo en ningún otro lugar.

¿Ya les conté cómo ella, al enterarse de mi subdesarrollado cariño se burló de mí, claramente me dijo en mi cara que primero muerta antes que dar su amistad a un *achachi*-anciano como yo? Que primero el Purgatorio al Infierno lleno de formol donde yo era algo así como un profanador de cadáveres; y fue tal la gracia que le provocaron mis sentimientos, que una tarde, cuando yo pretendí probar sus labios, el sopapo que recibí me pareció un regalo divino, un premio especial de los dioses para los que amando por una vez en su vida, aman con el alma y solamente recibimos casi nada, o en vez de nada obtenemos asco y desprecio, cuando no un sopapo.

Como de costumbre yo volví a mis muertitos y muertitas, pero mi corazón quedó perdido en el laberinto de los desaires de mí, odiadamente, amada Virginia. Por sentirme cerca de su lejanía alquilé un cuarto en la casona donde ella vivía, y varias mañanas encontré mi puerta impregnada de orines, basuras y otras mierdas. Nunca me quejé de estas cosas, mientras que ella, en cuanto me veía, escupía mi camino y, antes que un saludo afectuoso, mil maldiciones salían

de esa su boquita; y si por si acaso un vientecillo sonoro ella forzaba a salir de entremedio de sus sinuosas posaderas —odio de por medio— me gritaba: “esta es mi respuesta a tus macanas...”

Sé muy bien que cualquiera puede dormirse al escuchar esta charla tan ordinaria y de segunda categoría, y si los ojos de ustedes ya no dan más, debe ser por efecto de lo que hemos estado tomando. Aun así, me escuchen o no, les cuento que desde que la conocí a mi cruel Virginia, mi felipito-chiquito-trabajador-hartito me dejó tranquilo. En cuanto yo miraba una pollera, este mi amiguito solía alborotarse, pero, bastaba que mis pensamientos volasen en pos de los desprecios de la que ya sabemos, para que yo quede como perro pateado por gato cimarrón, transformándose mi mundo en un *via crucis* donde mi amor era tan sólo una comedia mal interpretada, siendo Virginia lo mejorcito que Dios había fabricado el día 666 de su Creación.

Ya les he contado que las carnes que componen al ser humano, sea hombre o mujer, no tienen secretos para este par de manitos, que, al no encontrar senderos desconocidos mientras recorrían buscando autopsias anónimas, bistori de por medio, se metían en las carnes y sólo salían de allí manchadas de sangre coagulada y de pecados.

También les he contado que a mis cuarenta mil años me había enamorado como *llock'alla* recién destetado de ubre prestada; pero, (ahora sí que están más borrachos que este absurdo sentimiento hecho lamento), les cuento que anoche, a mi amor vuelto dolor llamado Virginia, la he tenido entre mis manos. Sí, la trajeron, porque el guión que dirigía su vida ella lo había roto antes de deshojar la segunda página; y,

cuando vi su cuerpo sin vida y bellamente hermoso en sus dieciséis años, comprendí que mi orgullo no iba a poder permitir que la desnuda muerte me fuese a quitar aquello que mis noches de insomnio habían labrado con tanto dolor y desengaño.

Esperé la madrugada. Después, cuando los lamentos de los enfermos se perdieron entre somníferos y estrellas, y sin que nadie se diera cuenta, cargué su cuerpo hasta mi cuarto, apagué las luces, y levantando sus púberes polleras, le robé en muerte su virginal pureza, porque habiendo estado viva, yo, el morguero más antiguo del hospital, sólo le llegué a causar asco y menosprecio.

Yo sé que eso está mal hecho. Es más, si bien esta tarde sus familiares la enterraron a mi cruel Virginia, yo, estimados señores (ya están todos mulas de borrachos), quería decirles que la bala impaciente que espera destrozar mis ideas y decepciones dentro del revólver que se abriga en una de mis axilas, lleva el nombre de ella. Es por eso —primera vez que abandoné mi trabajo— que si a alguno le interesa, dentro de unos instantes ese mi trabajo estará vacante y yo me convertiré en uno más de los que colaboran con su cuerpo a los estudiantes de medicina en sus tareas prácticas...



LA MUÑECA

Cuando ella tenía tres años de edad, su máxima ilusión era recibir de parte de sus padres una muñeca en Navidad. Los diez años la sorprendieron sin haber recibido nada hasta entonces.

(Durante ese tiempo, su madre aumentó con tres niños más la familia y ella aprendió la manera en que los niños son encargados).

Antes de cumplir los quince, ella, en sus momentos de ocio acunaba entre sus brazos la muñeca inexistente; y cuando esa soledad le anunció su presencia, ella, una noche, aceptó sumisamente compartir su cuerpo con un extraño para ver si así lograba obtener aquella muñeca que, cansada de vivir entre sus sueños, empezaría a germinar en sus entrañas.



SUEÑO ENTUMECIDO DE FRÍO

(Para los que buscaron en el frío el calor que les faltaba)

La nevada que está cayendo sobre la ciudad, en especial sobre el lugar en que me estoy guareciendo, es la más intensa que he visto en los quince años que llevo vividos. Suavemente caen los copos sobre las personas y las cosas, y como no los siento sobre mis ropas apergaminadas por el excesivo uso, me han mojado completamente, y ahora quieren penetrar en mis carnes, en mi espíritu, en mi conciencia.

Me imagino que son las siete de la noche. Una tenue oscuridad ayuda a empañar el horizonte entumecido de frío. Los pocos transeúntes que obstinadamente se atreven a caminar por las calles mojadas ensucian con sus pisadas la calzada; y el odio que siente la naturaleza por este atrevimiento se arrastra tras sus huellas que conducen quién sabe hacia qué destinos.

Por la bocaza de mis zapatos —son tan viejos que han perdido su dentadura de clavos, y por su abertura se puede ver cómo los dedos de mis pies juegan con las piedrecillas que recogieron en el camino— el agua turbia de la tormenta entra y sale a su antojo.

Los dedos de mis pies —al menos así me los imagino— deben estar remojados como chuño que no se vende,

y el entumecimiento adormecedor que sentí en un principio ya se ha disipado, quedándose conmigo las penas y desencantos que desde mi infancia no disfrutada siempre me han acompañado.

Una lluvia finísima acompaña la caída de los copos níveos, y como no hay segunda sin primera, los besos y las caricias mal correspondidas que la muchachita aquella nunca supo apreciar con eso que los ingenuos llamamos "corazón" siguen viviendo conmigo.

Yo vivo en una ciudad progresista. Mi ciudad aspira ser algún día una gran metrópoli cosmopolita; y yo, que es lo mismo decir un miserable, no tengo cabida en ella.

Soy, como siempre se ha especulado, una ilusión que se desecha en el arcón del olvido y tal vez un recuerdo que se disuelve en el viento del otoño.

Soy, si acaso, ese ser que siempre supo dar hasta lo que no tenía con tal de lograr que sean menos los que ahora estén sufriendo las inclemencias de esta nevada. Soy... ya ni siquiera sé quién soy, puesto que estoy llorando y mis lágrimas mojan por enésima vez el suelo que voy pisando.

No sé si he caminado mucho y tampoco sé si he caminado poco. Mi lento caminar me ha traído hasta el portal del templo de San Francisco, y a manera de desentumecer mis huesos, golpeó desesperadamente su enorme portón, con la efímera esperanza de que sea aquel humilde carpintero de Nazareth quién me abra la puerta y cubra mi cuerpo con su manto purpúreo. Un sordo eco me responde que es inútil ese desgaste de energías, porque en noches friolentas como esta, hasta los ángeles duermen plácidamente al calor de sus nubes térmicas.

Reemprendo mi caminata sin sentido, sin saber dónde ir a dormir mi cansancio; porque sé claramente que nunca volveré a recuperar la fe que he perdido, y que esta mi angustia se desparramará a través de los mil caminos que aún no he transitado.

¿Se han dado cuenta? La nieve sigue cayendo, y el frío que estaba enseñoreándose de mis coyunturas ha disminuido. Hasta me dan ganas de echarme a dormir en cualquier rincón, dormir tranquilamente sin que nada malo me despierte.

¿Saben? En vez de llorar tengo ganas de reírme de todo cuanto me rodea: de mi abandono, de los pisotones que la vida me ha prodigado, de lo que siempre quise y nunca fue mío... Me dan ganas de reírme, porque la risa ahuyenta el llanto y tras la risa viene el sueño.

Quisiera dormir, tan sólo eso, dormir. Dormir sobre este suelo tantas veces esputado y carcomido de orines venéreos, poniendo como almohada las experiencias que me encorvan las espaldas y la conciencia. Dormir y no despertar jamás.

Mis manos las siento frías. Más que mías parecen ser las manos de otra persona. Ya no las siento. Froto estos dedos ajenos y mi soledad se reduce a un solo pensamiento: yo, así de simple, yo.

Los pensamientos desvarían en mi mente, y al estar caminando me duermo a cada rato. Tengo miedo de quedarme dormido, porque la nevada sigue cayendo, y los remedos de ropa que cubren mi cuerpo mal alimentado se liberan del agua que los ha empapado entregándomela a través de los poros de mi cuerpo.

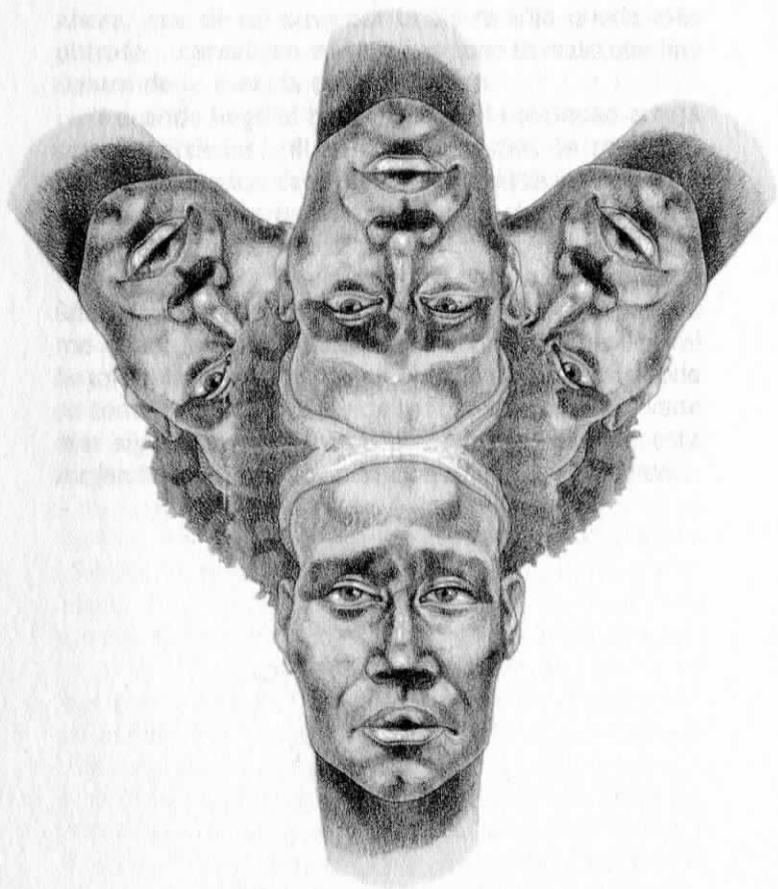
Mi cuerpo tiembla convulsivamente. Enloquezco al saberme amado por el odio, la amargura y el

desengaño. Sé que soy un diablo-dioseccillo cualquiera y no hay feligrés alguno que se acuerde de mi existencia y venga a libramme de esta nevada.

Antes, yo sabía que era el futuro de mi terruño. Ahora, que de mi paso por la tierra sólo queda esta piltrafa carnal, en mí se reúne todo lo malo que hay dentro de la esencia de este mundo.

Y cuando llego al basural donde la sociedad arroja sus desperdicios, mi hambre ancestral se resiente, porque la blanca capa de la naturaleza ha cubierto aquellas bazofias que solamente los perros podemos tomar para alimentarnos.

Tengo hambre y tengo sed; y para sumergirme de una vez por todas en el laberinto de mis angustias, no me queda más que sacar de uno de mis bolsillos mi botella plástica llena de alcohol, para beberme todo su contenido y olvidarme de todo, menos de la nevada que sigue cayendo insensiblemente y que me está mojando todo, aun los sueños que no he concebido...



BALADA PARA UNA VIDA INCONCLUSA

Quando me dijeron que la negra Rafaela había muerto, la noticia no me produjo emoción alguna.

Yo sabía que ella tenía que morir más temprano que tarde; y si alguna vez en que ella, estando sobria, se cruzaba en mi camino yo pretendí anunciarle que en el momento menos esperado ella se iba a morir como una vulgar perra cualquiera. Nunca lo hice, porque sabía que no me entendería, y —peor aún— lo más que podía pasarme, era que me mandase a la mierda por el solo hecho de meterme en su vida cuasi privada.

Hasta ahora no recuerdo quién fue el que me dio tan necrológico aviso. ¿Acaso haya sido la dueña de la cantina donde yo estaba aniquilando las escasas neuronas que se empecinan en morar en mi cerebro? ¿El lustrabotas que nunca tiene monedas para dar cambio? ¿La loca Esperanza, que cada vez que habla deja fluir torrentes de saliva por su boca? No lo sé. Lo que sí sé, es que a Rafaela la encontraron muerta en uno de los callejones de la otrora "Villa Balazos", en posición decúbito dorsal, amoratada por el frío, y con un rictus de tristeza en su rostro inexpresivo.

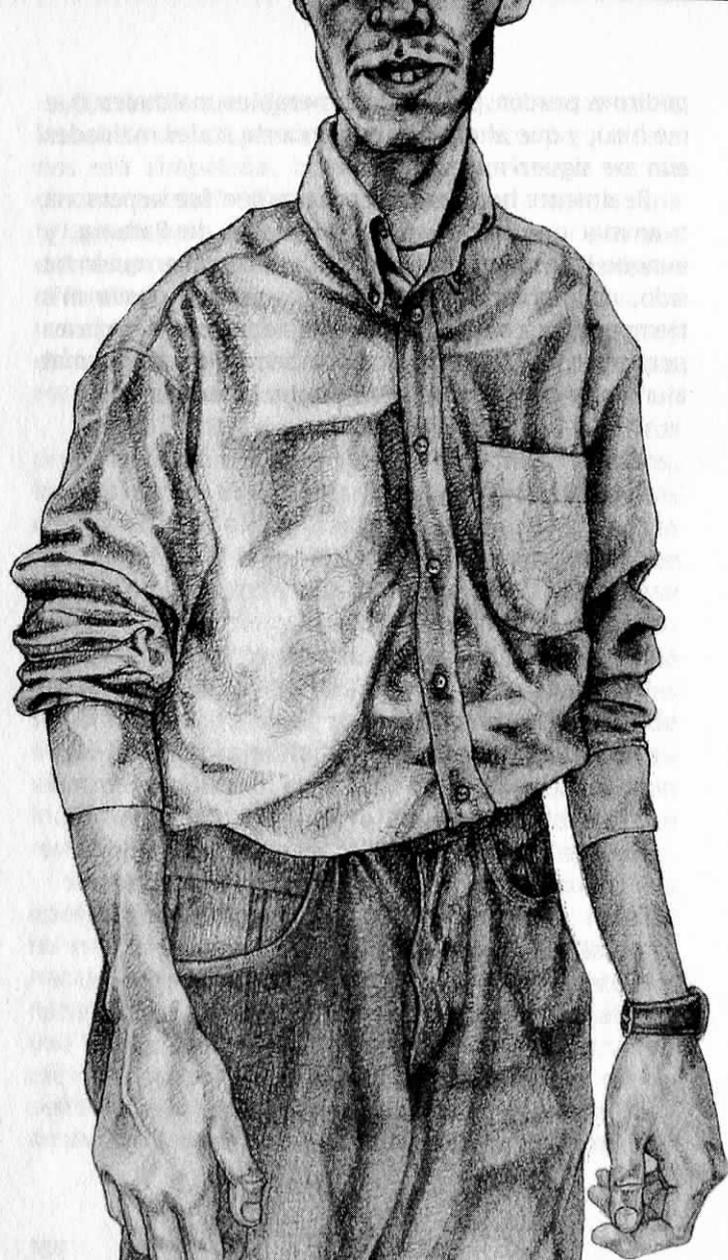
Recuerdo que —¿por qué será que al enterarnos de la muerte de una persona recién reconocemos que ésta nos era simpática, buena gente y víctima de las circunstancias?— Rafaela era una mal nacida, una *hijayputa* para los que no la han conocido, y a la que de mes en cuando le salían sus rasgos maternos desde el fondo de su cuerpo ayungueñado. Entonces, a todos los que compartíamos con ella sus momentos éticamente dilapidados, nos brindaba atenciones que estando sobria difícilmente hubiese hecho.

Tranquilamente podía invitarnos unos *k'allitos* preparados con lo que robaba (cebollas, tomates, locotos, carnes frías, panes y latas de sardina) mientras nos trasladábamos desde "Las Carpas" hasta "El Tambito". O bien, ella se las ingeniaba para que en nuestras interminables borracheras no nos faltase una gota de alcohol; y, cuando más maternal se sentía, a sabiendas que la vida la había castigado con una esterilidad eterna, por las noches, protegida por las sombras impenetrables, se recostaba sobre el piso de algún callejón camuflado, para recibir dentro de su vientre insatisfecho, el peso de los galanes que buscan inútilmente por el sendero de sus intimidaciones, un remedo de placer que les alivie sus instintos animales.

Ahora, cuando una especie de nostalgia inunda mis apergaminados recuerdos, pensándolo bien, Rafaela no era tan mala. Hasta puedo creer que ella haya nacido porque tenía que hacerlo, y por lo tanto era natural que se haya muerto. Y que sí, a partir de ahora, una tumba anónima le dará tardíamente a su cuerpo ese calor solidario que la vida le había negado, me da pena Rafaela, esa negrita que un día cualquiera llegó desde los Yungas paceños, porque no tuvo tiempo de

pedirme perdón por las innumerables maldades que me hizo, y que ahora que está muerta, tales maldades aún me siguen molestando.

Realmente no puedo recordar quién fue la persona o animal que me avisó de la muerte de Rafaela, y aunque logre recordarlo, la certeza de saber quién ha sido, no me servirá de consuelo, porque desde mis tiempos de escolar, estoy convencido que en las clases para aprender a perdonar a los demás, yo fui un mal alumno, y por lo mismo, un eterno aplazado.



MORIR EN TIEMPO PERDIDO

Yanelo vivió su muerte como si cada uno de los instantes de su agonía fueran los últimos de su inservible existencia.

La piltrafa humana que quedó de él fue encontrada, una madrugada, por los barrenderos municipales que creyeron que su cuerpo, envuelto con trapos sucios y malolientes, no era más que un envoltorio de basura arrojada por cualquier vecino furtivo.

La sorpresa ahuyentó el frío de sus cuerpos cuando, tras desenvolver dicho bulto, apareció el rostro sangrientamente desencajado de un hombre no mayor de treinta años. Parecía no haber comprendido, en el momento de marchar al mundo del olvido, que su miserable vida se le escapaba por la abertura de su cabeza sin que él se diera cuenta.

Los mundos que en su deambular diario Yanelo había transitado con sus pisadas intrascendentes ni siquiera pestañearon de asombro cuando efectivos policiales recogieron el cadáver del que, hasta ayer, fuera uno de los principales proveedores de sobrecillos con cocaína a los viciosos del barrio de San Petersburgo.

Alguien contaba que el cuerpo amarillento de Yanelo —su sangre había teñido las piedras del piso que conducen hasta la única cantina de la zona, y que es la antesala del infierno— fue tirado encima de una de las mesas marmóreas del anfiteatro del hospital y, como no habían familiares que reclamaran tan tristes despojos, lo que quedó de Yanelo empezó a despertar la codicia de aquellos estudiantes de medicina que no pueden comprar su material de estudio a los responsables del osamentario del Cementerio General.

El "Huerfanito", hijo único del dueño del mayor frial de la zona, acaso no se imaginó que aquel golpe dado contra "algo" mientras viajaba volando bajo, por los caminos de la enajenación, iba a tener tan trágico desenlace y, como su fuerza lo llevó hasta el paroxismo de la euforia, se perdió más aún en su universo de *pitillos* y *cachimbas*.

Los vecinos dicen que la ley está caminando detrás del "Huerfanito", y que su cita con la diosa justicia es cuestión de segundos; mientras que en el más allá, en el lugar en el que mueren las últimas esperanzas, un ángel de la guarda llora melancólico por el trabajo absurdo que realizó durante seis lustros cuidando a un ser —o acaso haya sido un ente— que había optado por recorrer los vericuetos lisérgicos y mefistofélicos.

También cuentan que Yanelo mitigó el dolor del golpe recibido con el contenido de una botella llena de trago infame y, que agarrado de esa su botella, se fue a sentar sobre el empedrado anteriormente mencionado, para sumergirse en los vahos del alcohol y no llorar como suelen hacerlo los que tienen miedo de partir de este mundo en pos de otras muertes y resurrecciones.

Entonces, acaso sea que por eso, Yanelo no sintió que la muerte venía a cortar sus fantasías y dejó que la vida se le fuese por la cabeza mientras sus ojos miraban, sin ver, el final de esa su vida, que no tenía ninguna razón de ser vivida.



EL ABANDONO HECHO POESÍA

Llegó a la ciudad sin que nadie supiese de dónde había venido, ni quienes eran los integrantes de su núcleo familiar más cercano.

Su estilo de hablar (al estilo de las bonaerenses de Rolando Rivas, "el taxista") le valió el apodo de "la Gaucha", puesto que a nadie le importó el averiguar su nombre. La cabellera castaña que cubría su cabeza la distinguió de sobremanera de las demás muchachas que venían, y aún vienen, a vegetar sus existencias en el perímetro ubicado entre las plazas Pérez Velasco, Eguino y San Francisco.

La necesidad de ganar los pesos suficientes para impedir morirse de hambre la obligaron a camuflarse entre los lustrabotas ambulantes de la Pérez Velasco, donde, a cambio de treinta centavos, los muchachos que allí trabajan, le sacan brillo a nuestros zapatos, brillo que dura tan sólo el tiempo necesario para que uno se de cuenta de que le han engañado. (El engaño sólo provoca una ira acorde a los treinta centavos que se han pagado).

Desde entonces su apariencia personal cambió radicalmente. De la muchacha joven que, sin ser

bonita, era aceptablemente agradable, pero sin llegar a *Miss Th'anta K'ato*, quedó un mamarracho vestido con varias chompas y pantalones eternamente embadurnados de tintas y suciedades. Su cabeza estaba enclandestinada entre gorras, pasamontañas y chalinas de saquillos, de los cuales sobresalían un par de ojos, ingenuos y solapados, que denotaban que por allí habían pasado los vahos del thinner y la gasolina.

Cuando la volví a ver no la pude reconocer, a pesar que su voz de marimacho tenía un tono familiar para mí. Pero, cuando sus dos manos empezaron a rotar en torno de mis calzados, empapados de polvo y arenillas, sentí que era ella, "la Gaucha", que se había camuflado como uno más de los lustrabotas ambulantes que circulan por allí. Su mimetización era tan perfecta que —según me contó ella— hasta esos momentos nadie se había dado cuenta de este pequeño detalle.

Cuentan que, una noche, cuando la Pérez Velasco se había convertido en un lugar solamente apto para borrachos, drogadictos y vendedores de hamburguesas, cinco de sus compañeros de trabajo —que ignoraban su verdadero sexo— la llevaron hasta las inmediaciones de la Terminal de Buses para que allí pudiesen dormir acurrucados y cubiertos con periódicos y cartones; una vez que llegaron a dicho lugar, los muchachos empezaron a descubrir sus rostros quitándose gorros y pasamontañas y, ante su negativa para realizar lo mismo, entre todos ellos la agarraron y a la fuerza le sacaron el gorro para descubrir que "él" era "ella" y que durante el tiempo que habían compartido su amistad, todos ellos habían estado engañados.

Hay oportunidades que, cuando se presentan, no hay que desperdiciarlas y los cinco muchachos no desperdiciaron su descubrimiento. Sin que valiesen

súplicas ni ruegos la violaron, reiteradamente, hasta la proximidad de la madrugada; porque, la posible aparición de los gendarmes, que patrullaban el sector, hizo que se retirasen hasta la Pérez Velasco y, una vez allí, reanudaran una nueva jornada de trabajo lustrando zapatos.

"La Gaucha", desde entonces, desechó sus ropas varoniles y archivó para siempre su cajón de lustrar. Retomando su papel femenino se fue a descubrir otros mundos para experimentar nuevas emociones.

Algunas cantinas infames sirvieron para que mi amistad con ella se robusteciera, mientras nuestras soledades vagaban errantes y perdidas.

Cuando, muchos meses después, la volví a ver su vientre se había enrollado (se llenó de "rollos") y su soledad, que en las noches, que había transitado sin rumbo fijo, hacía que se sienta abandonada, se había conjuncionado con el que fungía como su amante oficial; y, éste, predispuesto a bajonearla, la llevó a depravarse y degenerarse hasta marcarle el rostro con los estigmas de la ancianidad prematura y el abandono absoluto.

En una de esas nuestras habituales borracheras sin sentido, cuando ella, su gil y yo estábamos alcoholizándonos en el "Puerto Nuevo", famosa cantina —chichería donde solamente van a emborracharse los alcohólicos y las meretrices en decadencia— cuyo trago, aparte de quemarnos la garganta, también nos quema las ganas de vivir; y, mientras yo estaba conversando de temas intrascendentes con su "marido" y ella volvía del baño, fue abordada por uno de los ocupantes de la mesa vecina, el cual le habló tan bajito, que sólo provocó una sonrisa picaresca en su rostro.

Quando retornó a nuestra mesa y, mientras yo le servía un poco más de trago a su ya desfalleciente vaso plástico, tras beber un paliativo, nos comentó que había recibido la propuesta de ganarse unos diez pesos con tal de hacerle "el servicio" a su proponente en uno de los baños de la cantina. Tras mirarme inexpresivamente su concubino le susurró, no tan quedamente, que lo hiciese, pero, tratando de sacarle más dinero de los bolsillos sin que el ocasional cliente se diera cuenta.

Mientras se fue a cumplir tan delicada labor —me refiero a eso de tener que abrir las piernas en lugar tan incómodo— su "marido" y yo seguimos emborrachándonos como beduinos que no tienen un oasis donde aplacar su quemazón y que no tienen más remedio que inundar con alcohol sus existencias.

La borrachera prosiguió sin alteraciones y, cuando ella regresó a la mesa, nos invitó varias botellas de trago sin darnos razón alguna de su tardanza. Tampoco tenía por qué darla.

Cuentan que un día de esos ella apareció embarazada y que, ante la imposibilidad de criar y mantener un hijo indeseado, con su amante, decidieron mutuamente que tras darlo a luz y que éste tuviese algunos meses de edad lo venderían, al mejor postor, preferentemente en dólares...

También cuentan que todo salió tal como lo habían planeado y que en cuanto ella recibió el dinero que le dieron por su bebé, como buena amante, se lo entregó a su varón, el cual, para dárselas de persona solvente, se fue hasta las cantinas de Tembladerani, donde, tras emborracharse hasta perder la noción del tiempo, se durmió profundamente, permitiendo que manos

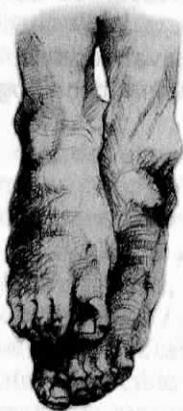
anónimas le roben hasta las monedas que había ocultado entre sus calcetines.

Los años nos han envejecido de tal manera que, sumando nuestras edades, no lograríamos completar los cincuenta. Los dos estamos tan viejos que parece que nos han salido arrugas hasta en los dientes.

Hoy nuestros caminos se han vuelto a encontrar y como no necesitamos hablar para saber qué ha sido de nuestras vidas, estamos bebiendo en silencio nuestros desaires; mientras que el embarazo, que nuevamente está adornando su vientre, le hace decirme que en cuanto tenga a su hijo o hija, lo venderá al mejor postor.

"Nunca faltan compradores", me susurró en el oído, pero el dinero que le den, por su guagüita, le servirá para retornar al lugar de donde no debió haber salido nunca.

Ya está muy avanzada la noche y el alcohol que estamos bebiendo no logra emborracharnos lo suficiente...



¿NAVIDAD?, ME SUENA, ME SUENA...

Lentamente la nochebuena se va acercando y su andar es tan cansino y pesado que nos contagia su somnolencia; a los que estamos aquí, en este lugar sentados.

Los peatones pasan por nuestro lado abrumados por mil pensamientos y preocupaciones, y cual *ekikos* de fin de año, están atiborrados de bolsones llenos de regalos. Es tal el arrobamiento que les embarga que no tienen tiempo para voltear sus ojos en dirección nuestra para siquiera observarnos.

A lo largo de esta calle están desperdigadas infinidad de casas comerciales y disqueras. De una de éstas salen las notas melodiosas y ensordecedoras de un villancico navideño; y, mientras la gente, que se mueve alrededor nuestro, siente cómo el corazón se les llena de emoción, nosotros; los que estamos aquí, en este lugar sentados, sólo atinamos a hacer circular de mano en mano y de boca en boca, nuestra botella desportillada llena de alcohol aguado.

¿Navidad? ¿Regalos? ¿Niño Jesús? ¿Reyes Magos? ¿Qué son esas cosas inexplicables y difíciles de entender para nosotros? Hace algunos minutos quise hallar

respuestas a alguna de estas interrogantes, pero nadie supo decirme algo; nadie sabía el significado de esas palabras. Era tal la ignorancia que, incluso Maxicha, la amante infiel que tenemos, y que por haberse acostado con todos nosotros, se cree experta para todos los temas. Ni siquiera ella pudo articular respuesta alguna. No sé qué le pasó después, porque se puso de pie y, tras mandarnos a todos a la mierda, se alejó del grupo llorando desconsoladamente, dejándonos a todos con la duda pintada en nuestras caras.

En un principio, este mocoso no quería ir a bailar con los demás niños del barrio, pero, ante tanta insistencia, pidió dinero a su madre para alquilar un disfraz de "negrito"; y ahora, a cada momento, pasa por nuestro lado contorneándose como un bailarín profesional, entonando cancioncillas alusivas a esta festividad. Pero —y tenía que surgir el antipático "pero"—, si cualquier extraño piensa que él baila con verdadera devoción hacia el niño Jesús está completamente equivocado. Él, al igual que todo niño, es débil para el alcohol, y los pocos tragos que le hemos invitado, de nuestra *k'asa* botella, ya se le han subido a la cabeza y es por eso que él, que, dentro de tres años, cumplirá diez baila de tal manera que pretende demostrarles a todos ellos (Papa Noel, los Reyes Magos, el Niño Jesús y a su Ángel de la Guarda) que es el único niño entre los centenares de villanciqueros que adora al pequeño Manuelito de todo corazón.

En los escaparates comerciales pequeños arbolitos artificiales, emblanquecidos con abundante nevada de plastoform, y orlados de chucherías multicolores, hechizan a las personas que se detienen frente a ellos fascinados por los foquillos que, tras encenderse y apagarse intermitentemente, parecen guiñarles

con mal disimulada coquetería en esta noche tan especial. Y yo que, llevado por la curiosidad, varias veces me acerqué hasta ellos para ver de cerca en qué consiste ese su hechizo cautivador siempre me retiraba desilusionado, puesto que no producían efecto alguno en mi persona.

Hace frío y; mientras las nubes tratan de ocultar la pequeña estrellita de Belén, que brilla en el cielo, todos nosotros rebuscamos nuestros bolsillos para juntar algo de dinero e ir a la tienda del Tata Pinto a comprar más alcohol ya que nuestra botella ha vaciado su contenido en nuestros estómagos. Uno de nosotros; no se quién, se incorpora y, tras tomar en sus manos nuestra botella desportillada, se aleja del grupo y se confunde entremedio de la marea humana que sigue girando alrededor nuestro y ni aún los estrepitosos villancicos, que escapan ensordecedoramente de las disqueras, logran apagar el llanto desconsolado de la Maxicha, quién sigue llorando cerca de nosotros y la intensidad de ese su llanto me lacera el alma.

¡Vaya que es impertinente este *llock'alla*, venir a pedir más trago justo ahora que ni para nosotros hay...! Bueno, si se porta así, cualquiera puede llegar a estimarlo, porque los cinco pesos que ha dado para la compra de más alcohol, si bien no alcanzan para comprar ni un plato de comida, sí alcanzan para comprar cinco pesos de alcohol.

Sin darme cuenta me había quedado dormido. Ahora que mi subconsciente se abre paso entre las brumas etéreas del alcohol que han invadido mi cerebro, y al tiempo que me empecino en reaccionar, puedo escuchar la voz de la Maxicha (quién nuevamente se había integrado al grupo) tratando de consolar al pequeño amiguito que tenemos, cuya madre está

vendiendo sandwiches en el mercado y que, por la inexperiencia de beber alcohol, ha embadurnado su traje de "negrito" con sus vómitos y ahora está llorando porque recuerda que, desde que era más chiquitito, nunca los Reyes Magos, ni Papa Noel, ni su madrina de bautismo, le han traído un regalo en Navidad. Acaso en esta edad, cuando le faltan ocho años para cumplir los quince, está comprendiendo que la celebración de esta fiesta nunca va a estar destinada a él.

Y mientras persisto en mi intento de reaccionar y las calles ahora desiertas se están convirtiendo en mingitorio de borrachos y prostitutas, tengo ganas de llorar amargamente, porque, desde que tengo uso de razón, yo tampoco tuve un regalo en esta fecha.

¿Navidad?, me suena, me suena... Creo que es una festividad en la que hay que dejarse embriutecer por el alcohol, para que, cuando nos embriaguemos y nos sumerjamos en la inconsciencia, juguemos con los juguetes infernales que en nuestras mentes crea el alcohol y que, con su uso exagerado, va destruyendo de a poquito nuestras existencias.

¿Navidad?, esa palabrita me suena, me suena...



LA FRONTERA

En los extramuros de la ciudad, donde la legalidad pierde gran parte de su eficacia, hay un mundo diferente al que conocemos, en el que se combinan fácilmente lo absurdo con lo increíble y cuyo acceso sólo les está permitido a los que han sido elegidos por los demonios que moran en las profundidades de la tierra.

Es un mundo al que solamente se penetra a través de los caminos del alcoholismo y la depravación y, si algún intelectualoide pretende meterse en él, lo más seguro es que sea presa fácil de los moradores de este mundo, porque cualquier infidencia se paga con la muerte o con la locura.

Y para ser parte integral de este mundo hay que hacer méritos, aunque, pensándolo bien, los méritos no valen, porque, aparte de eso, hay que entregar la propia vida con tal de ser aceptado.

En los extramuros de la ciudad, donde el trago vale más que la comida, ese trago es venerado como si fuese dios hecho líquido y que si pide a uno de sus devotos que anule la comida, con tal de seguirse embriagando,

el devoto tiene que hacer caso, porque de lo contrario, puede volverse loco o morir de espanto.

Allí, en los extramuros de la ciudad, donde las normas morales son ignoradas y mueren de indiferencia, la mujer que se precia de ser virgen, o que quiere compartir su castidad con el que ama, tiene una sola alternativa: Si no se dedica a la prostitución, más le valía haber nacido hombre, porque la venganza de los hombres (y aun de las mujeres), es terrible, y muy pocas han podido resistirlo.

Yo he nacido allá. Mis primeros recuerdos hacen que yo evoque los lejanísimos días de la infancia que no tuve, y donde debía aferrarme a una copa de trago ante la inexistencia de un pecho materno que aplacase la sed que me consumía.

Después; cuando la calle me adoptó como a un hijo más, sin profesor alguno, empecé mi aprendizaje marginal. Otras copas suplieron a la primera, en todas ellas encontré el alcohol que me ayudaría a olvidar los cilicios que me ataban a la tierra y me empujaban a ser feliz en el paraíso infernal que el alcohol había creado en mi mente, esa mente soñadora que permanentemente se oponía a que cayese en la depravación y el automarginamiento.

Nunca conocí la amistad, porque, lo que me hermanaba a mis compañeros de infortunio era la exagerada afición, que teníamos, por la ingestión del licor, que tanta falta hacía en nuestros cuerpos; y como tampoco conocí aquella otra ciudad de la que tanto hablaban las leyendas etílicas, que rondaban nuestras noches eternas, llegué a querer el único mundo que había conocido, que no es otro que aquel que está ubicado en los extramuros de la ciudad.

Yo no me considero un ser humano común y corriente. Soy otra cosa. Aquellos superdotados y macrointeligentes, que viven en sus cumbres aureoladas por elucubraciones y vanidades, me han tildado como a un ser de la peor especie que jamás haya podido producir la evolución; esto puede ser cierto, porque, como siempre he actuado guiado por mis sentimientos y mis pasiones, no creo pertenecer a la etnia racial a la que mis animadversores pertenecen. También me han dicho que yo y los míos somos ese justificativo que necesitan las viejas y apergaminadas, para que realicen sus "té-rummies-geriátricos", cuyas utilidades —así lo afirman ellas— irán en beneficio nuestro.

Usted y yo sabemos que quién le narra estas vainas nunca se ha considerado más que el polvo que sus pisadas levantan del camino; mi mundo está lejos del alcance de los moralistas, los evangelistas, de los que nos prometen bienaventuranzas, mientras pisotean nuestros anhelos y embadurnan con hollín el sol que alimenta nuestros desvaríos. ¿Será por eso que en mi mundo hasta los perros, cuando hacen el amor, sonrían satisfechos y ladran himnos nupciales en las orejas de sus amadas?

Yo vivo en aquel mundo creado por el dios del mal. Ni siquiera he aprendido a conocer la felicidad que vive en las páginas de un diccionario. Y como en el reparto de las cosas buenas no me tocó nada a mí ni a los míos, no tengo derecho de quejarme, porque parece que nos han quitado hasta el derecho de gritar nuestras desventuras.

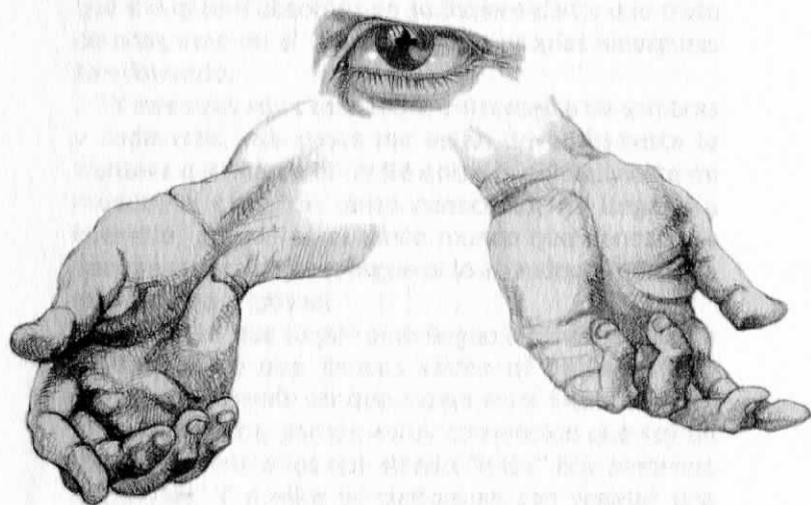
¿Será por eso que ahora, en estos momentos, me falta el entendimiento para comprender qué puede

ser eso que tanta falta me está haciendo, y cuya intensidad es tal que hasta el alcohol que recorre mis arterias no puede explicarlo?

También me falta un Dios o una Diosa a los cuales pueda elevar mis plegarias y mis maldiciones y ver si acaso, con ello, puedo llenar este vacío insondable que me quiere absorber en su inmensidad y que trata de ahogarme en el charco que mis propias amarguras han formado.

Y mientras voy caminando, entremedio de sombras y cadáveres, mis pasos me están llevando hasta la frontera que marca el límite entre la ciudad y este mi mundo, al cual, de tanto conocerlo, he llegado a quererlo, porque es el único mundo que conozco, y que me cuesta dejar, porque si lo abandono, perdería mi "todo" que poseo.

Puede ser que llegue o no llegue a conocer aquella ciudad de la que tantas veces oí hablar a mis congéneres. Puede ser que muera en el intento, pero, esto no importa, porque estoy convencido que soy un tanto diferente a los que siendo "míos" hoy pretendo abandonar. Y si ellos se conforman con vegetar una existencia sin sentido, yo, al menos, he emprendido el camino que ellos no se van a atrever a transitar.



ANOCHÉ, EN UN PUTERO...*

Anoche, sin habérmelo propuesto, mis pasos me llevaron hasta el interior del Tropezón, que como bien lo sabes —¡qué vas a saberlo, si tú no lees ni los periódicos!— es un putero ubicado al final de la avenida Buenos Aires.

Te confieso que yo no tenía un solo centavo en mis bolsillos y que si entré, fue para protegerme un poco de la lluvia insensible que caía sobre la ciudad, y que encontrándome en medio de la avenida, me mojé, con tal entusiasmo, que no pude menos que pensar que esa lluvia no servía para nada, puesto que no había logrado lavarme del cerebro tus recuerdos y mis pesadillas.

Una vez adentro me apoyé en una de sus fosforescentes paredes y, automáticamente, pensé

* Hemos incluímos el presente relato, que no aparece en la publicación original de 1996 y que es una variante del titulado en este mismo volumen como *"Recuerdo perdido en el deseo"*. Agradecemos a Manuel Vargas, editor de Correvedile, por facilitar este material. que fue escrito con anterioridad al texto publicado y que enriquece y completa una aproximación a los *Relatos de Víctor Hugo*. (N. del Ed.)

en ti, mientras mis ojos recorrían las caras ojeras de las meretrices allí presentes.

Cual zoológico humano, las habían gordas y delgadas, de pechos abundantes y otras que —intuición mía— tal vez recurrieron a la ayuda de algodones para suplir falencias. Una de ellas, negra como mi conciencia, parecía medir dos metros y medio de altura; mientras la mujer, que sabiendo (en estos detalles ellas saben más que nadie) que yo no tenía reloj, se me acercó a preguntarme la hora, con la ayuda de sus tacos altos, calculé que apenas llegaba al metro cuarenta de altura.

Y, en ese ambiente de luces negro-rojizas y apelonado de volutas de humo que iban a morir en los pulmones de los parroquianos, me acordé de aquella lejana otra noche en que el alcohol unió nuestras soledades, y bebimos los infames tragos que nos animaron a besarnos apasionadamente de rato en rato, como si estuviésemos compitiendo para determinar cuál de los dos tenía el aliento más fétido y aguardentoso.

Nuestras promesas se volatilizaban ni bien salían de nuestras bocas, y más de un alcohólico que al igual que nosotros quemaba con tragos sus penas, burlonamente nos recomendó: para tanto amor, por qué no van al baño...

Nunca podré asegurarte qué hora era, ni cuál fue tu nombre que me diste a guardar, porque cuando entramos al baño de aquella infecta cantina, de seres humanos nos transformamos en dos animales en celo, y sin que nos importase un bledo la sentencia divina de "creced y multiplicaos", dimos rienda suelta a nuestros instintos, oliendo mierda, orines y trasbocadas, mientras tú, con una mano, agarrabas

mi espalda y con la otra el picaporte de la puerta, a cada rato me susurrabas melosamente que me apurase puesto que podíamos ser sorprendidos en plena ejecución del cachivache...

Como te iba contando, anoche, mientras mis manos añoraban los billetes que me hubieran permitido comprar por lo menos una botella de cerveza y no tener ese aire de insolvencia y quiebra humano-bancaria, recordé que meses después de nuestro encuentro, y cuando yo estaba alcoholizando mi tiempo en otra cantina, me puse a conversar de temas intrascendentes como el trago, las mujeres, el deporte y la religión con un borracho que conocí tragos antes. Y cuando le conté la manera en que yo te había conocido, esa persona me aseguró que él también había compartido su cuerpo con el tuyo y, cuando mi insistencia le obligó a describirte, él lo hizo con tal lujo de detalles que no me quedó más que aceptar su palabra como cierta.

Es más, cuando terminaba de referirse a ti, y como si el asunto no tuviera importancia, agregó: esa es tan barata, que puede estar a tu disposición si vos le invitas unas copas de trago...

Para ese entonces la lluvia ya había calmado y, mientras el putero se me asemejaba a una iglesia cualquiera, porque los hombres entraban como cohibidos, y después salían como liberados de culpas y pecados, salí de allí para reemprender mi interrumpida caminata hacia El Alto, pensando en que si algún ocioso escribe alguna vez la historia de la prostitución clandestina en la ciudad de La Paz y en ese libro no te mencionan yo estaré convencido que manos puritanas y moralistas le arrancaron sus mejores páginas.

ÍNDICE

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

por Virginia Ayllón 11

RELATOS DE VÍCTOR HUGO

LA TRISTE HISTORIA DE TRISTÓN	23
YO CASTO	37
RECUERDO PERDIDO EN EL DESEO	39
HABÍA UNA VEZ... UN NIÑO	43
BÚSQUEDA ESPERANZADA	47
BUSCO A UN AMIGO	49
CADÁVERES Y Cía.	55
LA MUÑECA	65
SUEÑO ENTUMECIDO DE FRÍO	67
BALADA PARA UNA VIDA INCONCLUSA	73
MORIR EN TIEMPO PERDIDO	77
EL ABANDONO HECHO POESÍA	81
¿NAVIDAD?, ME SUENA, ME SUENA... ..	87
LA FRONTERA	93
ANOCHE, EN UN PUTERO... ..	99



La reedición de los *Relatos de Víctor Hugo* no podía ser más oportuna. A casi un decenio de la primera edición su autor ha ganado un lugar de interés en la literatura boliviana, por varios motivos, siendo, a juicio nuestro, los más importantes: el retrato de un segmento casi "hermético" de la sociedad boliviana y, segundo, la vívida descripción de experiencias o percepciones que asumen claro valor testimonial. Los narradores bolivianos, en gran medida, desenvuelven sus tramas en sectores más o menos rituales: la clase media pobre, la juventud vulnerable, las angustias y las tensiones de las luchas políticas; pero la poca vivencia con los sectores del "lumpen" (que significa "andrajo" y no delincuencia) les ha impedido percibir un mundo tanto o más intenso que el de las clases "orgánicas" y tradicionales de nuestra sociedad.

El segundo aspecto, el vivencial y testimonial, se pone de relieve desde el principio hasta el final del libro. Es la descripción de experiencias que en varios casos las ha vivido y en otros las ha captado como "testigo" en el mundo en que ha desarrollado su propia existencia. Esta vivencia a veces ha sido considerada bajo una imagen simplista, como si tales grupos carecieran de sentimientos y razones y de segmentos internos y contradicciones tan complejas como los otros estratos. Pero, por lo que él cuenta, no todos son iguales ni mucho menos lo mismo. Para nosotros, que apenas vemos su mundo desde fuera y que no hemos compartido sino el aspecto "visible" de la personalidad de Víctor Hugo, nos será siempre reveladora y novedosa su evocación testimonial. Y como todo testimonio lleva forzosamente en germen algún elemento de denuncia su autor ha sufrido, más de una vez (según nos ha manifestado), amenazas y represalias de los individuos real o potencialmente aludidos.

No pretenda el lector solazarse con exquisiteces estilísticas. Lo que dice el autor lo dice en el lenguaje usual de nuestro pueblo, en esta variedad dialectal que constituye el castellano boliviano. Tiempo vendrá seguramente en que él mismo perfeccionará su estilo. Hasta entonces seguirá gozando del aprecio de muchísimos lectores, con preferencia mayor que muchos "consagrados cultores de las letras" de nuestro país.

José Roberto Arze